

Noelia Jiménez

# La fuerza del amor

Todo por ella



**NJ**  
ediciones

**Noelia Jiménez Sangüesa.**

La fuerza del amor.

Todo por ella.

—Última entrega de la trilogía “La fuerza del amor” —

**La fuerza del amor (Todo por ella).**

Última entrega de la trilogía “La fuerza del amor”.

©Edición 2016.

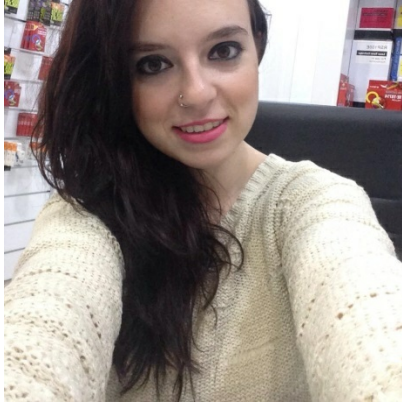
©Noelia Jiménez Sangüesa.

I.S.B.N. 10: 1523430907

I.S.B.N. 13: 978-1523430901

Diseño y maquetación: Noelia Jiménez Sangüesa.

Todos los derechos reservados. Queda totalmente prohibida la copia total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico sin el permiso escrito y firmado del propietario y titular del Copyright.



## **SUPERAR EL DOLOR.**

-Poema escrito por mi gran amigo Pablo Manrique Yebra después de leer “La fuerza del amor (La esperanza en lo perdido)”.

Todos sus miedos la luz vieron  
Por su dichoso marido  
Los ahogos la siguieron  
Sin haberlo presentido  
Una relación fatal  
Rompería su persona  
Unos maltratos sin igual  
La dejaría sola  
Tuvo que decir  
Y buscar una nueva vida  
Para poder simplemente vivir  
Superar el dolor como salida  
La incertidumbre no acabará  
Tendrá que seguir luchando  
No sabe cómo acabará  
Aquí nada es precipitado

***Pablo Manrique Yebra 23/09/2015.***

Para mi abuelo; **Matías Julián Sangüesa Sorribas**,  
por descubrir mi talento, apoyarme y empujarme a  
cumplir mis sueños.

## **PRÓLOGO. Miedo a la soledad.**

**Sentía cómo los pulmones me dolían y cómo la lluvia se estrellaba contra mi cara. El corazón me iba a mil mientras corría detrás del coche para intentar alcanzar al amor de mi vida. Él se la estaba llevando y no me daba la oportunidad de poder hacer algo. Corrí durante varios metros más, mientras veía como Lyla golpeaba el cristal desesperada. Hubo un momento en el que el coche aceleró y mis piernas y pulmones no lo resistieron. Caí al suelo y vi con lágrimas en los ojos como la alejaban de mí. Pero no me rendiría. Movería cielo y tierra para encontrarla. *No perdería la esperanza en lo perdido.***

Lyla tuvo esperanzas en el momento en que el coche que conducía Patrick estacionó frente al almacén donde había tenido encerrado a Christian. Esa sensación de alivio se desvaneció cuando Patrick salió y regresó con maletas. En cuanto se subió al coche, arrancó y puso rumbo hacia el aeropuerto.

Cuando llegaron, Patrick presionó un pañuelo húmedo sobre la nariz y la boca de su hija y esta se quedó dormida en pocos segundos. Poco después, apareció un hombre encapuchado y los condujo a un avión privado. Nadie se daría cuenta de lo que estaba pasando y nunca sospecharían de nadie.

Lyla sentía como el mundo caía a su alrededor. Podía escuchar la respiración de alguien o algo cercano a ella. Cuando por fin tuvo el valor de abrir los ojos, se encontró frente a ella un pitbull de pura raza y no pudo hacer otra cosa que correr. Corrió con todas sus fuerzas por una ruinoso casa, allí donde Patrick la había dejado horas antes. No sabía qué quería de ella, ni qué esperaba de ella. Solo sabía que nunca había tenido tanto miedo de estar sola.

Por suerte para Lyla, llegó el momento en que Patrick cruzó el umbral de la sala donde se encontraba ahora. El perro inmediatamente se quedó inmóvil y agachó la cabeza para, poco después, salir del salón. Patrick miró con una gran sonrisa a Lyla, que empezó a retroceder, tropezó con un

cable que había tirado en el suelo y cayó de espaldas, provocando que su cabeza impactara contra una cañería mal posicionada.

El golpe fue fuerte. Ella no se acordaría de nada. Ella no se acordaría de nadie.



## CAPÍTULO 1: ¿Arrepentimiento?

El golpe en la cabeza fue fuerte. Lyla yacía tumbada en el suelo. De un fino pero profundo corte empezó a brotar sangre. La tez de Lyla fue adoptando un color blanquecino y sus labios pasaron, en cuestión de segundos, de un tono rojizo a uno totalmente morado. Lyla temblaba, sentía frío y miedo. Se dijo a sí misma que debía luchar por mantener los ojos abiertos, pero no lo consiguió. El miedo fue desapareciendo de su ser, mientras su cuerpo se relajaba en el suelo. Su mirada se fue apagando poco a poco y sus ojos se cerraron con pesar.

Patrick acudió inmediatamente al lado de su hija, la tomó entre sus fuertes brazos y corrió con ella hacia una habitación completamente blanca; tanto sábanas como paredes eran de un blanco pálido, una sala digna de hospital. Aquella era la estancia dónde Patrick había escondido durante años a Mike, a quien ya no le hacía falta. Había cables y aparatos médicos por todos lados. Artículos que habían sido la salvación de su pequeño monstruo durante su corta vida.

Patrick posicionó a Lyla con delicadeza sobre la cama y presionó la herida con fuerza, intentando taponar el orificio para evitar que más sangre emanase de éste. Abrió un pequeño cajón de la mesita que se encontraba al lado de la cama y sacó una venda para enrollarla poco después en la cabeza de Lyla. Intentó despertarla con suaves golpes sobre su mejilla, pero no consiguió nada. Luchó contra las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos y corrió en busca de su fiel servidor.

—¡Leo!

Su voz grave voz rebotó con fuerza contra las paredes, provocando que un fuerte eco se desatase dentro de la estancia. El tono amenazador de su voz haría huir al animal más feroz. Llegó a la segunda planta de la casa donde, en un pequeño sofá reclinable, descansaba su leal y único compañero.

—¡Leo! —gritó fuertemente. Aunque estaba frente a él, no pudo evitarlo.

—¿Sí, señor? —éste se levantó perezosamente y estiró sus fuertes brazos, intentando adaptarse a la realidad que le rodeaba. Había estado durmiendo durante horas, necesitaba recuperar el sueño perdido. Se frotó los ojos con ambas manos para mejorar su visión.

Leo ya no tenía miedo a nada. Conocía a Patrick a la perfección y

sabía cuándo debía preocuparse ante sus amenazas y cuándo era simplemente un aviso. Pero al mirarle fijamente y ver la preocupación reflejada en el rostro de éste, no supo cómo reaccionar. Jamás se había percatado de que su superior pudiese ser tan vulnerable.

—Lyla no está bien —dijo Patrick con la voz temblorosa, estirándose con fuerza del pelo—. Uno de los perros la perseguía y llegó al salón abandonado, cuando me vio se asustó y empezó a retroceder. Ha caído sobre una de las cañerías y... —hizo una pausa, tragando saliva para aliviar el nudo que se había formado en su garganta—. Se ha hecho un corte bastante profundo en la cabeza, no deja de sangrar y no reacciona. Ha cerrado los ojos y no consigo que los abra de nuevo. Tú tienes experiencia en este campo, sé que puedes ayudarla. ¡Hazlo!

—¿Ayudarla a ella o ayudarte a ti a qué no acabes en la cárcel por asesinato? —De la garganta de Leo emergió una risa sarcástica, llena de frialdad—. Pensé que todo lo que estábamos haciendo era solo para recuperar a tu hija y ganarte de nuevo su confianza. Piensa que la has recuperado por las malas; la has secuestrado y te la has llevado lejos de todo lo que tiene. ¿Crees que va a dejar de tenerte miedo porque le echas una de tus sonrisas? Pensé que querías recuperarla, no que esto se tratase de un todo o nada.

Con esas últimas palabras y una penetrante mirada de desprecio, Leo salió corriendo en dirección a la habitación donde yacía Lyla. Se acercó a ella con precaución y la examinó cautelosamente. De un armario sacó una serie de instrumentos médicos totalmente esterilizados, presionó la herida con suavidad y prosiguió a coserla con delicadeza. Inspeccionó el estado de Lyla con mucha calma y comprobó que, por suerte, el golpe solo le había provocado un desmayo.

Recogió todo lo que había manchado de sangre y, aquello que tenía manchas que no podrían quitarse de ninguna forma, lo metió en una bolsa de basura para tirarlo más tarde. Procuró que todo quedase limpio y recogido para evitar que, si Lyla despertaba, se asustase más de lo necesario al encontrarse en un lugar solitario y totalmente desconocido para ella.

Leo arropó a Lyla con cautela, cerró la puerta y salió en dirección a la cocina para dejar allí la bolsa. Minutos después se dirigió al salón principal con la esperanza de poder seguir descansado, pero sus deseos no fueron concedidos. Allí se encontraba Patrick, sentado en un gran sofá mientras observaba el fuego pensativo. Su pecho subía y bajaba con rapidez y su tez era de un tono demasiado pálido para ser normal. Cuando Leo cruzó el

umbral y sus pisadas inundaron la sala, Patrick alzó la vista y la centró en el rostro de éste.

—¿Cómo está? —su voz sonó severa, sin ningún rastro de la culpa que había sentido minutos antes al provocar la caída de Lyla. Así era Patrick, conseguía lo que quería y no le importaban las consecuencias. Miró fijamente a su esclavo y esperó obtener una respuesta satisfactoria de su parte.

—Afortunadamente, está bien —Leo cruzó la sala en dirección a la chimenea e intentó avivar el fuego casi inexistente. Cuando lo consiguió, dio media vuelta y se encaminó al sofá donde había estado tumbado durante toda la mañana. Se sentó y cerró los ojos, esperando la respuesta de Patrick.

—Por fortuna, me tomaré esa falta de respeto como algo no personal causado por el temor que te provoco —Patrick asintió convencido de sus palabras y observó detenidamente su móvil, abrió la bandeja de los mensajes y leyó despacio uno en concreto. Su sonrisa se ensanchó y dejó el teléfono sobre la mesa—. Sayer ya está aquí. No puede enterarse de lo que ha ocurrido con Lyla, al menos no de momento.

—¿Aquí, dónde? —preguntó Leo confuso. Había dado por hecho que Sayer se había pasado al bando correcto. Era demasiado joven y tenía mucho potencial, no podía acabar como su tío.

Leo nunca había querido meterse en nada de aquello, pero cuando Patrick le prometió que si le ayudaba saldaría sus deudas y sacaría a su hijo de la casa de acogida en la que ahora vivía, no pudo negarse. Habían pasado años de aquello y, aunque había hecho de todo para complacer a su amo, todavía no había obtenido nada. Empezaba a desconfiar de la validez de las promesas de Patrick y se repetía una y otra vez, que nunca debió confiar en él y que tendría que abandonarle cuanto antes pero el miedo se apoderaba de él cada vez que lo intentaba.

—Justo aquí —Sayer cruzó el umbral en el momento en que a Leo se le desencajaba la mandíbula. Venía arrastrando dos enormes jaulas con ruedas, donde dormían seis temibles perros de pura raza. Todo eso se estaba yendo de madre y Leo ya no sabía si podría soportarlo.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó Patrick mientras reía y se acercaba a su sobrino favorito. Lo rodeó con el brazo y cogió su equipaje para dejarlo sobre la pequeña mesa de café que se encontraba frente a la chimenea.

—Bastante movido y ruidoso. Esos perros son realmente asquerosos —Sayer se dejó caer sobre el sofá y frotó sus manos frente a la chimenea. El

tiempo en Tokio era bastante frío para esas fechas.

—Esa es la cuestión —dijo completamente orgulloso—. Les he dado la sangre de Sophie durante años para hacerlos más salvajes. Les he dejado oler su ropa impregnada de perfume. La conozco y sé que no dudará ni un momento en mover cielo y tierra para recuperar a nuestra hija —sonrió alegremente, pensando en lo que le esperaba si lo hacía—. En cuanto ella o cualquiera que haya estado cerca de ella entre por esa puerta, los siete perros se abalanzarán contra ellos sin piedad.

—¿Es por eso por lo que han estado tan agresivos durante todo el camino? —preguntó Sayer confuso, mirando a su tío fijamente. El chico observó cómo los ojos de su tío se abrían con satisfacción y vio aparecer en su rostro una expresión de victoria.

—¡Exacto! —Patrick sonrió satisfecho al ver que el plan que llevaba años maquinando, estaba dando buenos resultados.

Pronto se quedó inmerso de nuevo en sus pensamientos y fijó la mirada en ninguna parte. Parecía que la preocupación había hecho hincapié de nuevo en su pequeño corazón. Empezó a mover las manos con nerviosismo. Su espalda subía y bajaba con rapidez debido a su agitada respiración. Se levantó rápidamente del sofá y anduvo con ligereza hasta la habitación donde descansaba Lyla.

Cuando llegó, se detuvo frente a la puerta y tomó aire. Giró la maneta con cuidado y entró sigilosamente. Miró a su hija con una media sonrisa de satisfacción, aunque también se le notaba preocupado. Era imposible entender a Patrick. ¿Tenía corazón? Sus intenciones para con las personas demostraban que no. Pero algunas de las acciones que había realizado en las últimas horas indicaban que, en un rincón de su caja torácica, muy escondido, se encontraba su abandonado y solitario corazón. Acercó una silla blanca al lateral de la cama y se sentó mirando a Lyla fijamente, esperando que despertase para explicarle por qué había hecho todo aquello. Solo quería recuperarla y no le importaba hacerlo por las malas con tal de salirse con la suya. Patrick iba a hacer cualquier cosa para obtener lo que más deseaba sin preocuparse de las consecuencias.

Su plan iba viento en popa. Sayer había conseguido infiltrarse en la familia para poder proporcionarle a Patrick toda la información necesaria; ubicaciones en cualquier momento, situaciones en las actuales relaciones de Lyla, etc. Aunque Sayer había decidido dejar de obedecer a su tío, Patrick era más listo y ya no se fiaba de tener un intruso más. Gracias a que su sobrino

desconocía que llevaba un chip en su teléfono, Patrick supo dónde se encontraban en aquel preciso instante y había conseguido llevarse a su hija consigo. En el momento en que Sayer descubrió que su tío era capaz de hacer cualquier cosa, cayó de nuevo en sus redes y decidió vivir cerca del enemigo antes que morir por ir en su contra.

En el salón, Leo y Sayer se miraban fijamente. Leo no podía creer lo que estaba viendo y por fin se decidió a hablar.

—¿Cómo se te ha ocurrido volver? —Leo estaba hecho una furia, de haber sido físicamente posible, sus oídos hubiesen expulsado vapor—. ¿No te importa nada tu prima?

—¡Claro que me importa! —Sayer alzó la voz enfurecido ante tal acusación—. Sabes perfectamente quien soy y como soy.

—Entonces, ¿a qué has venido? —preguntó Leo mientras intentaba relajarse, ya que su día no estaba yendo nada bien.

—He venido a sacar a Lyla de aquí —Sayer se sentó al lado de Leo y le miró fijamente—. Tengo un plan.

—Cuéntamelo todo, pienso ayudarte en todo lo que pueda.

Sayer empezó a contarle su plan a Leo. Hablaban en voz muy baja mientras Patrick permanecía junto a su hija. Ambos miraban fijamente a la puerta mientras seguían hablando, con la voz totalmente impregnada de temor. Hacer planes contra él era jugar con fuego y, a estas alturas, no querían quemarse.

—¿Cómo vamos a hacerlo? —preguntó Leo en un susurro casi inaudible, mientras Sayer se frotaba las sienes con frustración.

—Aún no lo sé —Sayer hizo una pausa, inclinando la cabeza hacia su nuevo compañero—. Solo sé que he de sacar a Lyla de aquí y que tú vas a ayudarme —la voz de éste era firme, decidida. Nadie podría negarse a hacer lo que le pidiese—. Mi tío cree que he vuelto para apoyarlo y estar a su lado, pero hace ya tiempo que me pasé al bando correcto. No puede sospechar nada.

—No lo hará, el plan es perfecto —Leo le sonrió a Sayer con dulzura. Le había cuidado durante años mientras Patrick se centraba en sus planes. Ahora se sentía orgulloso de que él no fuera como su tío—. Solo falta que pensemos cómo llevarlo a cabo y, cuando todo esté listo, no perdamos ni un

segundo para ponerlo en marcha.

## **CAPÍTULO 2: Precaución.**

Habían pasado dos semanas desde lo ocurrido; Lyla seguía sin despertar y Patrick cada día se desesperaba un poco más. Ya no sabía qué hacer o cómo reaccionar ante aquella situación, que le estaba consumiendo poco a poco. Leo no hacía más que decirle que era normal, que solo necesitaba descansar, pero él sabía que algo no iba bien. Decidió esperar unos días más, luego mataría a Leo si no hacía que su hija mejorase.

Patrick se había quedado dormido en la silla situada junto a la cama de Lyla. Ésta respiraba lentamente y sus ojos seguían cerrados, su piel continuaba pálida y las pulsaciones eran un poco más lentas de lo normal. Con un leve sonido de la máquina, en la que Leo había conectado a Lyla, Patrick abrió los ojos alarmado. Miró a su alrededor con rapidez y suspiró al ver que todo seguía de la misma manera que hacía unas horas.

Una vez se hubo despertado, se acercó a la cama y acarició la frente de su niña en un intento de afecto. Esta no mostró reacción y la mirada de Patrick se apagó por completo. De vez en cuando, el agotamiento podía con él. Entonces, pensaba cómo hubiese sido todo si no hubiera hecho las cosas así, pero eso solo ocurría cuando el sueño le afectaba lo suficiente para no ser él mismo. Meneó la cabeza intentando apartar esas ideas de la misma y se estiró para intentar volver en sí. Dio media vuelta y se dirigió de nuevo a la silla, donde había permanecido durante las dos últimas semanas.

Su peso había disminuido notoriamente; las facciones de su cara se veían mucho más marcadas ahora y sus músculos habían pasado a convertirse en una masa de piel flácida. No comía, no se hidrataba, no dormía ni descansaba, lo único que hacía era permanecer durante horas sentado, mirando fijamente a su pequeña. Rezaba. Patrick rezaba cada minuto para que Lyla despertase y le perdonase. Aunque sabía que eso era totalmente imposible, lo deseaba. Recostado sobre el respaldo de la incómoda silla donde hacía su vida, cerró los ojos e imaginó como sería si su hija volviese a quererlo.

En la habitación de Sayer; los papeles arrugados, los bolígrafos sin

tinta y los post-it, eran los protagonistas. Este, se encontraba encerrado en el armario, pegando papeles aquí y allá por la amplia pared que la ropa escondía. Se había pasado las dos últimas semanas sin salir de su habitación. Buscaba la mejor manera de llevar a cabo el plan, pero no conseguía nada. Hiciese lo que hiciese, el plan salía perjudicado por los perros de su tío que se pasaban día y noche merodeando por la casa. Estaba desesperado, necesitaba dar con la manera de llevarlo a cabo cuanto antes.

Por otro lado, Leo preparaba la comida y se la servía en su habitación para ayudarle de alguna forma. Vigilaba día y noche a Patrick, esperando que no saliese de la habitación donde descansaba Lyla, para dirigirse al cuarto de Sayer. Lo había mantenido en secreto y no se lo había dicho a nadie, pero tras la última revisión que le hizo a ésta, los resultados habían demostrado que el fuerte golpe que se había dado contra la cañería, le había provocado un traumatismo craneoencefálico leve y eso podía comportar que ella no recordase nada de lo ocurrido durante sus diecinueve años de vida. Cuando Leo descubrió lo que le pasaba realmente, le indujo el coma ya que quería protegerla y asegurarse que descansaba hasta estar recuperada del todo. Leo pensó que durante ese tiempo podrían acabar de idear su plan de huida.

Leo salió de la cocina con dos bandejas cargadas de comida; una para Sayer y otra para Patrick. Sabía que este último no la aceptaría, pero no perdía nada por intentarlo, así podría interrumpirle con una excusa para asegurarse de que Lyla estaba bien. A pesar de todo el mal que su amo ocasionaba, él no podía dejar de tratarlo con respeto ya que, su vida y la de su hijo, estaban en juego. Ahora, además, también dependía de su amabilidad que la idea de Sayer pudiese ser llevada a cabo y no hubiese fallos. Decidió ir primero a ver a Sayer y armarse de valor para contarle la verdad sobre lo que le estaba sucediendo a la chica.

Se dirigió con sigilo a la habitación de Sayer. Aunque sabían que Patrick se encontraba sumido en sus pensamientos, no podían arriesgarse a que descubriera nada. Llamó a la puerta con cautela, aguardó un poco y entró en la habitación cuando Sayer le abrió.

—Deberías descansar un poco —propuso Leo al ver el aspecto de Sayer; sus ojos estaban inyectados en sangre y unas grandes bolsas oscuras se formaban bajo estos. Su pelo estaba completamente alborotado y seguía



llevando la misma ropa que hacía días, señal de que no había malgastado ni un segundo de su tiempo en ducharse.

—No hay tiempo para descansar —suspiró Sayer, dejándose caer sobre la cama mientras cogía una tostada con una mano y con la otra empezaba a hacer garabatos sobre un papel.

—He de decirte algo —Sayer alzó la vista cuando Leo habló y éste se sentó a su lado—. Cuando Patrick trajo a Lyla, éste provocó que ella cayese al suelo y su cabeza impactó contra una cañería. Al principio parecía solo un profundo corte y un desmayo pero en el último chequeo, encontré que con el golpe sufrió un traumatismo craneal leve y es muy posible que cuando despierte no recuerde nada. Así que hace dos semanas, induje a Lyla un coma para que descanse todo lo que pueda. —Leo hizo una pausa, dejando que Sayer lo asimilase todo poco a poco. Estaba claro que era algo muy difícil de procesar, dado que era su prima la que se encontraba en esa situación—. Estando en coma, evitaremos que cuando despierte tenga fuertes dolores de cabeza y tendremos más tiempo para acabar con todo esto.

Sayer apretó los puños con fuerza para no salir corriendo en dirección a su tío. Sabía que si lo hacía, todo el plan se iría a pique y además lo encarcelarían por asesinato a sangre fría. Respiró hondo varias veces hasta que consiguió relajarse un poco. Ladeó la cabeza en dirección a Leo y sus ojos se impregnaron de lágrimas.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —la seguridad de Sayer había desaparecido y había sido reemplazada por un miedo irracional. Si algo le pasaba a Lyla, nunca se lo perdonaría—. Pensé que Patrick la había llevado a otro lugar por si alguien nos encontraba.

—Patrick quiso ocultártelo porque sabía cómo te pondrías y yo simplemente no quería preocuparte todavía más.

—Está bien, ¿puedo ir a verla? —las lágrimas luchaban por escaparse de los ojos del muchacho, pero este las contuvo. No podía hundirse ahora, no en el momento en que pensaba cómo sacar a su prima de allí.

—Creo que lo mejor será no hacerlo. Que Patrick siga convencido de que no sabes nada y por tanto no te pondrás en su contra —Leo le miró compasivo, posó su mano sobre el hombro de Sayer y le dio un leve apretón—. Voy a llevarle la comida a tu tío.

—No tengo ningún parentesco con ese hombre.

La voz del chico sonó fría, estaba inundada de rabia y dolor. Leo asintió conforme y orgulloso por su reacción y salió de la habitación sin

articular palabra, pero con una sonrisa de oreja a oreja. Al llegar a la estancia donde se encontraba Lyla, no se atrevió a abrir la puerta sin más, pero tampoco se atrevía a llamar. Decidió susurrar el nombre de su amo, esperando que le oyese y le ofreciese una respuesta, pero esta no llegó. Pasados unos minutos, Leo abrió con mucho cuidado para no hacer ningún ruido y asomó la cabeza por la puerta entreabierta. Observó que Patrick permanecía en el mismo lugar y en la misma posición desde hacía días. Algo se removió dentro de él al verlo tan preocupado por su hija, pero luego recordó que tan solo era un ser cruel y ruin que quería retenerla a su lado. No le importaba de qué forma.

—¿Señor? —Leo seguía fuera de la habitación, solo su cabeza se veía por la ranura—. Le traigo la comida, ha de empezar a comer algo —la voz de éste intentaba cargarse de afecto y cariño, pero solo conseguía un tono bastante falso.

—¡No quiero nada! —la respuesta de Patrick fue directa. Leo intentó convencerle pero de la boca de su amo no salieron más palabras que un "lárgate" detrás de otro.

Leo hizo caso omiso a sus órdenes y le acercó una mesa, dejó la bandeja sobre esta y se fue como alma que lleva el diablo antes de que montase un escándalo. Cerró la puerta con delicadeza y esperó que Patrick empezase a dar golpes. Por suerte, esa reacción no llegó. Se alegró por Lyla. Ella necesitaba descansar, merecía descansar.

Se dirigió a la cocina y empezó a recoger todo lo que previamente había ensuciado, era un hombre muy ordenado, pero no era nada limpio. Una vez estuvo todo en condiciones, pensó en irse a dormir un rato al sofá, pero replanteó sus ideas y decidió ir a echarle una mano a Sayer. Cuando llegó a la habitación de este, comprobó que se había quedado dormido en el suelo rodeado de apuntes y mapas. Sacó fuerzas de donde no tenía y cogió a Sayer para depositarlo sobre su cama.

Decidió ordenar un poco todos los papeles. Era imposible ver la habitación así. Mientras recogía, un par de papeles llenos de garabatos casi ilegibles le llamaron la atención. Los cogió y se sentó en la silla del escritorio, empezando a leerlos para intentar averiguar que ponía en estos. Ahí estaba. Aquello que Sayer llevaba buscando durante dos semanas, se encontraba frente a sus narices. Tomó del escritorio varios folios en blanco y empezó a poner en orden todas las ideas que el joven había apuntado. Poco más de una hora después, la solución a sus problemas había llegado, la

ejecución del plan era perfecta, ahora solo faltaba ponerse de acuerdo para llevarlo a cabo.

Leo grapó los folios para evitar que Sayer los perdiese y se dirigió apresuradamente a despertarlo. Tras varios intentos sin resultado, decidió correr hacia la cocina a por un vaso de agua. Cuando volvió a la habitación del muchacho, le arrojó el contenido del vaso en la cara y este se despertó alarmado.

—¿Qué pasa? —preguntó soñoliento, mientras se secaba la cara con las sábanas.

—Despierta pequeño. ¡Hemos descubierto la manera perfecta de llevar a cabo el plan!

## CAPÍTULO 3: El reloj no se detiene.

—Debemos actuar cuanto antes —dijo Sayer impaciente mientras miraba su fondo de armario, contemplando con admiración todo el plan.

—Es demasiado pronto —respondió Leo mientras examinaba los últimos movimientos de los antiguos secuaces de Patrick.

Sí. Mientras intentaban descubrir todo lo posible sobre él para que nada fallase, descubrieron que Patrick no solo tenía su ayuda a y la de los siete perros, sino que detrás de todo esto también había una mafia. Ésta le había estado ayudando a despistar a la policía y era quien había hecho todo el trabajo sucio: el asesinato del padre de Sophie, el secuestro y el maltrato psicológico de la misma, entre otras cosas. La mafia le había mantenido a salvo durante años, quitándole todas las piedras que se encontraba por el camino. Descubrieron que había un hombre misterioso que le ayudaba en todo y le daba los chivatazos que necesitaba para tener a todo el mundo controlado, pero les fue imposible descubrir su identidad.

También descubrieron que les debía una gran cantidad de dinero y que lo estaban buscando. Al parecer desde que empezó a ejecutar el plan para llevarse a su hija consigo, había dejado de trabajar con ellos y reclamaban el dinero a sol y sombra. Ambos llegaron a la conclusión de que por eso, Patrick decidió esconder a Lyla en Tokio.

—¿Pronto? Han pasado tres días desde que encontramos la manera de llevar a cabo el plan. Sabes que el tiempo no es amigo de nadie, ¿verdad? —Sayer estaba de los nervios, llevaba horas despierto y días sin descansar. Necesitaba sacar ya a su prima de allí.

—Lo sé, pero aún tenemos que perfeccionar algunas cosas —Leo hizo una pausa, frotándose las sienes—. Hay que deshacerse de los perros y ahora está el nuevo problema de la mafia. Es posible que aparezcan en cualquier momento y todo esto no funcione para nada.

—Entonces no hay tiempo que perder.

—Hay mucho que perder —Leo empezó a ponerse nervioso y se limpió las sudorosas manos sobre el pantalón—. Lyla ya ha despertado y no recuerda nada ni a nadie.

Patrick descansaba en un pequeño sofá de la habitación donde Lyla había sido trasladada. Era una habitación mucho más alegre. Las paredes

estaban pintadas de un verde clarito y de ella colgaban cientos de adornos florales. La cama era amplia y cómoda, con sábanas muy suaves de un tono azulado. Un pequeño quejido de los muelles de ésta, hicieron que Patrick abriese los ojos con rapidez, Lyla se había incorporado y miraba a su alrededor totalmente confusa.

—¿Qué horas son estas de despertarse? —Patrick rió fuertemente ante su propio comentario, pero su risa desapareció cuando vio la expresión de su hija.

—¿Quién es usted?

Las palabras de Lyla le hicieron palidecer. ¿No le recordaba? Por un momento se preocupó y pensó en la seguridad y en el bienestar de su hija, pero minutos después sonrió de oreja a oreja. Ella no recordaba nada y eso era beneficioso para él.

—Soy tu padre, cariño —sus palabras estaban cargadas de maldad y mucho orgullo. Había conseguido más de lo que jamás habría imaginado.

—Ah —Lyla suspiró levemente e intentó levantarse de la cama, pero un pequeño mareo se lo impidió—. Lo siento, no le recuerdo.

—No me hables de usted, ya te he dicho que soy tu padre —dijo Patrick con frialdad, su cuerpo se estaba inundando de ira. Debía controlarse. Podía controlarse—. Te diste un golpe muy fuerte el otro día, ibas con tu primo Sayer en la moto y tuvisteis un accidente. Nada grave.

—Vaya —a Lyla le costaba hablar, todavía no podía asimilar todo lo que ese desconocido le estaba diciendo—. ¿Él está bien?

—Por supuesto, es un chico fuerte. ¿Quieres verlo?

—Sí —dijo Lyla con timidez. Pensó que tener cerca a su primo, aunque no le recordase, le ayudaría a sentirse más cómoda ante aquel hombre.

—Claro mi vida, esta es tu casa —Patrick se levantó de la cama y de un armario sacó algo de ropa que le extendió a Lyla—. Cámbiate, te espero fuera.

Ésta se despojó de un camisón horrible con ositos de peluche y corazones a tutiplén. En su lugar, se puso unos vaqueros largos y una sudadera. Cuando estuvo vestida, se acercó al espejo de la habitación y un grito ahogado emergió de su garganta. ¡Estaba horrible! Se quitó de nuevo la ropa y entró al baño que había situado dentro de la misma estancia. Cinco minutos después salió de la ducha y se vistió de nuevo, dejando que su pelo mojado cayese sobre sus hombros. Al salir se encontró a Patrick mirando el

reloj impaciente. ¿Qué tenía ese hombre? Ella no lo sabía, pero no le daba buenas vibraciones. Una vez reunidos, se dirigieron por un enorme pasillo poco iluminado hasta llegar a un gran salón decorado con mucho gusto. Las paredes eran de un tono rojizo y los muebles eran de color caoba. Los sillones eran blancos, de piel y en el centro había una gran mesa de madera.

Sayer se encontraba tumbado en uno de los sofás dobles, mirando a ninguna parte. Desde que habían dado con la tecla para llevar a cabo el plan y Lyla había despertado, salía más a menudo de su habitación para que su tío no sospechase nada. Cuando oyó los pasos procedentes del pasillo, se incorporó de inmediato y miró a hacia la puerta esperanzado. En el momento en que vio a Lyla sonriendo, mientras lo miraba todo ensimismada, el vacío que había tenido en el pecho durante las tres últimas semanas, se llenó de nuevo. Corrió hacia ella y la estrechó entre sus brazos. Se sorprendió al ver que Lyla le correspondía con la misma fuerza. Al separarse de ella, la miró fijamente y vio que ella no dejaba de sonreír.

—Bueno —dijo Patrick mientras se incorporaba en un sillón—. Entiendo que de Sayer sí te acuerdas.

—Sinceramente —respondió Lyla mientras miraba a su primo, éste le infundía valor—, no le recuerdo, pero me hace sentir bien.

Patrick asintió ante sus palabras y se quedó inmerso en sus pensamientos, su plan iba mejor de lo que esperaba. Si su hija no recordaba nada sobre su vida, y mucho mejor sobre él, podría crearle falsos recuerdos; omitiría a su madre, a Marcus, a Byron y a todos sus amigos, idearía la vida perfecta para que Lyla pudiese estar junto a él.

Mientras estaba completamente distraído, Sayer tomó a Lyla de la mano y se la llevó lejos de allí. Atravesaron varias puertas antes de llegar a una que daba al exterior. Ambos salieron y se sentaron en el césped mientras el sol brillaba sobre ellos.

—¿De verdad, no recuerdas nada? —Sayer miró confuso a Lyla, era imposible que no recordase ni a su madre, ni a Marcus, ni a su querido Byron—. Cuando me has abrazado parecía todo lo contrario.

—¡Claro que te recuerdo! —Esas palabras hicieron que Sayer pegase un brinco y se pusiera de cuclillas frente a ella—. Eres mi primo, no podría olvidar todas las veces que me lo has hecho pasar mal. Hacía mucho que no nos veíamos.

La sonrisa de Lyla estaba llena de vida, era encantadora. A Sayer se le heló el cuerpo, no era posible que no recordase nada, eso no debería estar

pasando. El plan parecía muy sencillo; Leo había conseguido un frasco de sedantes y habían acordado que se lo echarían en la cena. En cuanto Patrick cayese dormido, Leo los esperaría en la puerta con la furgoneta abierta para que pudiesen entrar sin entretenerse. Era muy difícil deshacerse de esos perros y no querían tener que sacrificarlos. No podían llamar a nadie ni llevarse los móviles a ningún sitio ya que habían descubierto que Patrick los había pinchado. Si utilizaban los teléfonos para llamar a alguien, su tío lo sabría.

Sayer se echó las manos a la cabeza y respiró profundamente. Se tumbó sobre la hierba seca y cerró los ojos para intentar relajarse. Tenía que contarle toda la verdad a Lyla y hacérsela entender. El problema era cuándo y dónde. Patrick tenía ojos por toda la casa, necesitaba convencerlo para que les dejase ir a conocer esa gran ciudad. Ambos entraron de nuevo en la casa y se dirigieron al lugar donde habían dejado a Patrick anteriormente. Sayer respiró hondo y se acercó a su tío, pero antes de llegar a su lado y preguntar, este ya estaba respondiendo.

—No —dijo secamente y volvió a meterse de lleno en sus pensamientos.

—Pero si aún no te he dicho nada —protestó Sayer, su tío lo conocía mejor de lo que esperaba.

—Sé que vais a querer salir a conocer esta gran ciudad, pero he de deciros que no —Patrick fue tajante, no quería arriesgarse a que su plan saliese mal.

—Pero... —antes de que Sayer pudiese seguir protestando, Lyla empezó a hablar.

—Por favor papá, no quiero seguir aquí encerrada —el tono de la chica era dulce, cariñoso. No se notaba nada fingido.

A Patrick le dio un vuelco el corazón y miró fijamente a su hija, hacía años que no le llamaba así. Una parte de él se ablandó en ese momento y asintió derrotado.

—Id antes de que me arrepienta —soltó éste fríamente y antes de que Sayer y Lyla saliesen por la puerta, añadió—. Pero Leo debe acompañaros.

Ambos asintieron. Lyla cada vez estaba más confusa ya que no entendía porque a su edad debían ser acompañados. Y, ¿quién era ese tal Leo? Como fuese un hombre igual que el que decía ser su padre, no iba a disfrutar nada del paseo.

## CAPÍTULO 4: Recuerda.

Sayer y Lyla corrieron por los innumerables pasillos de la casa para encontrar cuanto antes a Leo. Aquello era enorme y era muy difícil localizar a alguien. Tras más de veinte minutos buscando, los cuales a Sayer le parecieron horas, encontraron a Leo recostado en su cama. Cuando éste los vio entrar, una gran sonrisa se dibujó en su rostro y esperó a que alguno de ellos le dijese el porqué de su llegada.

—Patrick nos permite salir si tú quieres acompañarnos —dijo Sayer entusiasmado. Las cosas no podrían irles mejor. Su plan estaba a punto de comenzar—. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendo —Leo miraba a Sayer con gran cariño, se alegraba de que por fin todo fuese bien. No podían perder más tiempo.

Los tres salieron de la gran casa para dirigirse a una plaza cercana, no sin antes decirle a Patrick que ya se iban. Sorprendentemente no les preguntó dónde iban a estar. Al parecer confiaba mucho en Leo. Anduvieron un par de manzanas hasta llegar a un gran parque llamado Ueno.

Cuando llegaron al hermoso parque de cerezos, vieron que las flores de estos habían caído al suelo debido a la llegada de invierno. Las ramas estaban cubiertas de nieve. Esta había sido retirada del suelo para que la gente aún pudiese disfrutar de un té caliente en el pasto. Aun así, el parque no había perdido su belleza y se encontraba lleno de personas que observaban ensimismadas su gran lago y buscaban con esperanza algún pato que aún no hubiese emigrado. Se acercaron, se sentaron lo más alejados que pudieron de los demás visitantes y extendieron en el suelo una pequeña manta que Leo había preparado para tomar la merienda. Lyla lo miraba todo ensimismada, aunque no entendía bien porque se alejaban tanto de las demás personas. Su inocencia le hizo suponer que simplemente Sayer y Leo querían estar tranquilos.

Pasados varios minutos, Lyla empezó a notar que la tensión en el ambiente aumentaba y que sus acompañantes empezaban a frotarse las manos demostrando que estaban muy nerviosos. Empezó a ponerse nerviosa también al ver el cambio de comportamiento que sus acompañantes estaban sufriendo. Finalmente Sayer empezó a hablar.

—Tenemos que hablar contigo, es algo complicado y debes prestarnos mucha atención para asimilarlo todo bien —Sayer parecía preocupado, no sabía por dónde empezar y cuando parecía que se había



decidido, Leo empezó a contar toda la historia.

—Lyla. Tu vida está en Madrid, no aquí. Patrick es tu padre, sí. Pero no es el padre que te gustaría tener. Tu madre ha huido de él durante años para protegerte. Es un ser cruel y ruin. Utilizaba y maltrataba a tu madre solo para obtener sexo, hasta que naciste tú y ella decidió alejarte de la vida que él lleva. Vivíais en Barcelona y os trasladasteis a Madrid no hace mucho. Ibas a cumplir diecinueve años y al poco de hacerlo, Patrick te secuestró. Tienes toda una vida ajena a este mundo. Tienes novio, Byron, quien te ha ayudado y protegido en todo lo que ha podido. También está Christian, tu mejor amigo. Tu madre y Marcus que han dado la vida por ti desde que eras bien pequeña... —Leo hizo una pausa al ver que a Lyla se le inundaban los ojos de lágrimas, pero decidió seguir hablando ya que, si paraba, ella no sería capaz de asimilarlo todo—. Conociste nuevas personas en la Universidad; Kathe, Anne, Beth y Nick. Éste último fue reclutado por Patrick para secuestrarte, pero él decidió arriesgarse a perder su vida antes que traicionarte. Así fue, Patrick lo asesinó. Ahora estamos aquí, él te ha traído aquí y te ha separado de todo lo que amas. Cuando llegaste aquí estabas muy asustada —las lágrimas de Lyla ya se habían secado, ahora ella apretaba las manos con furia formando dos rígidos puños. Sus ojos estaban rojos y sus dientes permanecían apretados—. Retrocediste sin mirar y caíste al suelo, provocando que tu cabeza impactase contra una cañería. Te curé el corte que te hiciste y te conecté a todos mis aparatos médicos para controlar tu estado —Lyla se llevó la mano inconscientemente a la cabeza. La apartó rápidamente al notar algo que sobresalía de su pelo y dolía—. Me di cuenta de que habías sufrido un traumatismo craneoencefálico y decidí inducirte un coma para que cuando despertases estuvieras lo más recuperada posible. También para que a nosotros nos diese tiempo de pensar cómo llevar a cabo un plan para salir de aquí. Entonces despertaste y me di cuenta que no recordabas nada y que todo sería más difícil de lo que habíamos pensado.

Lyla sintió una fuerte presión en la cabeza y llevó las manos a ahí apresuradamente. Notaba un dolor punzante y no pudo evitar gritar. Sentía que todo a su alrededor daba vueltas y entonces empezaron a venirle imágenes y situaciones a la cabeza que no sabía que existieran.

*—¿Pero dónde se ha quedado mi Patito Feo? —La voz de Marcus sonó orgullosa cuando Lyla cruzó el umbral del salón, riendo a carcajadas al escuchar su comentario—. Tenía la esperanza de que nunca crecerías*

*—la voz del hombre sonó melancólica mientras recordaba a Lyla correteando sin control por la casa.*

*—Siempre seré tu pequeña —le recordó ella, mientras se sentaba en su regazo y le regalaba un fuerte beso en la mejilla—, pero ahora llegaré tarde si no me doy prisa.*

Sentía una fuerte presión en el pecho, empezaba a verlo todo borroso y no sabía cómo actuar. Lanzó otro grito ahogado y cayó tendida sobre la manta. Se sujetaba la cabeza con fuerza intentando que dejase de doler, pero el dolor cada vez era más fuerte y más imágenes se aglutinaban en su mente.

*>>Nada más salir de casa me puse los cascos y busqué en mi móvil la canción de Demi Lovato, Heart by Heart. Sin prisa pero sin pausa, me dirigí al colegio que estaba lo bastante cerca como para ir andando. Nada más llegar esperé que todos me miraran por ser la chica nueva, pero nadie lo hizo. La mayoría de los jóvenes estaban haciendo un "corralillo" alrededor de otros dos. Vi a dos chicos pelearse, bueno, en realidad solo uno peleaba mientras el otro se cubría la cara. Sin pensármelo dos veces me metí en medio de ambos y le di tal empujón al agresor que cayó al suelo. Saqué rápidamente de allí al indefenso muchacho y lo acerqué a un banco donde se sentó.*

*>>Cuando alzó la cabeza me miró con unos ojos azules realmente agradecidos. Era rubio y con la tez blanca. Su cara estaba ensangrentada allí donde el otro muchacho le había golpeado. Saqué un pañuelo de tela, lo mojé en una fuente cercana y lo posé sobre su ceja, presionando con delicadeza. Me miró con una radiante sonrisa acompañada de una mueca de dolor. Giró la cara y escuché a alguien gritando su nombre: Nicholas. Tres chicas se acercaban allí a toda velocidad. Asentí a modo de disculpa y me fui.*

Recordó cómo fue su primer día en la Universidad de Alcalá, fue la heroína de su amigo Nick y conoció a sus tres chicas favoritas. Seguía viendo imágenes sin parar hasta que llegó la escena donde se reencontró con Christian, su mejor amigo.

*—No puedo creer que mi pequeña esté aquí —cogió a Lyla como a una princesa y dio vueltas con ella.*

Sus recuerdos llegaron al momento en que le entregó lo más íntimo de ella a Byron y éste le confesó que a pesar de ser un mujeriego nunca había llegado al final.

*—Byron yo... Yo nunca... —sus entrecortadas palabras fueron interrumpidas por los labios de Byron, que sonreía sin parar, mostrando su felicidad.*

*—Yo tampoco.*

Lyla sentía que el peso del mundo caía sobre sus hombros, abrió los ojos sobresaltada y su respiración se aceleró notoriamente. Lo recordaba todo; el momento en que su madre cayó en depresión, cuándo desapareció, cómo encontraron a Nick y su entierro. Su mente se había colapsado de tal manera que creía que le iba a explotar la cabeza en cualquier momento, pero no lo hizo.

Notó los brazos de Sayer rodeándola y lo apartó con fuerza. Él los había traicionado a todos y ahora pretendía que le perdonase. No podía creer nada de lo que había visto. Se negaba a creer que su vida hubiese cambiado de tal forma.

—Lyla, me di cuenta al momento de que no podía ser como Patrick —hizo una pausa, intentando asimilar lo que iba a decir a continuación—. He ayudado a Patrick en todas sus artimañas; le ayudé a localizar a las hermanas de Nick y por mí culpa él las secuestró, yo entregué la carta que delató a Nick. No sé quién la escribió pero yo la encontré y se la di a Patrick. Su muerte fue por mi culpa. Me arrepiento de todo lo que he hecho y ahora pienso sacarte de aquí.

Los ojos de Lyla se inundaron de lágrimas de nuevo, Leo le explicó sus motivos y ella pareció entenderlos. Comprendía que estuviese esperanzado por sacar a su hijo del lugar donde se encontraba, pero no podía entender la posición de Sayer. Leo le intentó explicar todo lo había pasado con Sayer, pero ella se negó a escuchar nada más.

—Sayer para mí no existe, volvamos a la casa y llevemos a cabo nuestro magnífico plan. Haré todo lo que esté en mi mano para sacar nuestros culos de aquí.

Con esas últimas palabras Lyla se levantó del suelo, aunque se tambaleó un poco por el mareo que sentía, pronto echó a andar siguiendo el

mismo camino que habían utilizado para llegar hasta allí. Por otra parte, Sayer se sentía abatido. Siguió los pasos de su prima y de Leo con la cabeza baja mientras pensaba como podía recuperar su confianza. Cuando llegaron a la casa, Lyla fue consciente de que tenía que hacer un gran papel. Ahora que recordaba todo, iba a ser realmente difícil estar cerca de Patrick.

## CAPÍTULO 5: En marcha.

En Madrid, la pandilla acudía a la Universidad casi a diario. Lo hicieron hasta el día en que a Byron y a Christian se les cruzaron los cables y decidieron acabar con el sufrimiento. Irían a buscar a Lyla y volverían junto a ella costase lo que costase.

Al salir de clase, un viernes por la tarde, se dirigieron todos juntos hacia casa de Lyla ya que pensaron que antes de llevar a cabo ningún plan todo el mundo debía de estar informado. Allí se encontraba una Sophie totalmente destrozada: llevaba semanas sin dormir y sin apenas comer nada más que una manzana diaria. Bebía la poca agua que su cuerpo le pedía. No podía soportar el hecho de que su hija hubiese desaparecido y no ser capaz de hacer nada al respecto. Quería hacerle pagar a Patrick todo el dolor que le estaba causando, pero ya no tenía fuerzas ni ganas para levantarse de la cama.

Marcus pasaba día y noche cuidando de Sophie. Apenas salía de casa para tenerla vigilada y no despistarse de ella ni un solo momento. Había dejado de buscar a Lyla hacía varias semanas. Decidió que no valía la pena luchar por encontrar a alguien que no iba a volver. Cada día se le notaba más apagado y sus ganas de sonreír y luchar se habían visto disminuidas y convertidas en un deseo enorme de acostarse y no levantarse más.

Cuando los chicos entraron en tropel por la puerta que comunicaba el exterior con el salón, Sophie dio un brinco y se llevó una mano temblorosa al pecho. Empezó a respirar entrecortadamente hasta que visualizó a los jóvenes que habían estado al lado de su hija y comenzó a calmarse. Sonrió al verlos ya que, de una forma o de otra, sentía cerca a su hija cuando ellos estaban presentes.

—Vamos a buscar a Lyla.

Las palabras de Byron fueron directas y las dijo sin rodeos. No titubeó, no esperó a tener la aprobación de nadie y no se fijó en los diez ojos que le miraban con gran asombro. Posó sobre la mesa un gran mapa de la ciudad, en el cual estaban marcados todos los lugares donde Patrick había sido visto o había actuado en ocasiones anteriores. Con mucha decisión, invitó a sus compañeros para que lo inspeccionaran junto a él.

—He señalado todos los lugares donde hemos estado viendo a Patrick, a Leo o a Sayer —habló con firmeza mientras señalaba con el dedo

índice los círculos dibujados con un permanente rojo—. También he marcado los lugares donde ha actuado en ocasiones anteriores, como el piso de los padres de Sophie en Barcelona.

Mientras Byron hablaba, los demás se apoyaron sobre la mesa para contemplar bien todo el plano e intentar entender lo que Byron tenía entre manos. Era un plano muy complejo pero fácil de entender y enseguida todos reconocieron los lugares marcados en el mapa.

Cuando terminó de hablar, la situación en el salón de los Hale era digna de ver; Christian se había situado junto a Byron y a ambos se les veía muy convencidos; Kathe, Beth y Anne estaban sentadas en el sofá con la mirada fija en la nada y Marcus sujetaba a Sophie, a quien no dejaban de temblarle las piernas.

—¿Qué pensáis hacer, ¿rastrear la zona? —Dijo Marcus mientras reía con sarcasmo—. ¿Qué creéis que he estado haciendo estos tres meses?

—No vamos solo a mirar desde fuera —contestó Christian mientras su rostro enrojecía de furia—. He estado en el almacén donde se le vio por última vez. Estoy bastante seguro de que sería capaz de moverme por dentro —hizo una pausa mientras miraba con desprecio a Marcus—. Además, si Lyla lo hizo. ¿Por qué no podemos hacerlo nosotros? Ella se jugó la vida por salvarme y no me puedo quedar de brazos cruzados mientras ella está en manos de ese psicópata que se hace llamar su padre.

Marcus chasqueó la lengua y decidió no volver a hablar. Los chicos habían demostrado tener mucho más coraje que él. Mientras veía como ambos chicos se organizaban y pensaban cómo equiparse para empezar con la búsqueda, fue sintiendo que su corazón se oprimía. Era consciente de que no había buscado lo suficiente, sabía que había desistido demasiado pronto y había demostrado ser un cobarde.

Sentía la mirada de Sophie sobre su nunca pero no se giró ya que temía encontrarse con la mirada de decepción de su gran y única amiga. Se limitó a levantarse y abandonar la estancia. La puerta principal se cerró segundos después con un fuerte estruendo, provocando que todos los presentes en el salón se sobresaltasen. Esa fue la última vez que Sophie vio a su compañero.

Sophie cerró los ojos y a continuación los abrió pausadamente, dirigió la mirada hacia el suelo y, con esta fija en la nada, se levantó y anduvo hacia su habitación. La puerta del cuarto de Sophie se cerró despacio y sin emitir ningún sonido. Unos segundos después, emergió un sollozo

desesperado. Sophie ya no podía soportar todo lo que estaba sucediendo a su alrededor. Su hija seguía desaparecida en manos de un psicópata y su mejor amigo parecía haberla abandonado.

Los chicos decidieron abandonar la estancia poco después de acordar que se encontrarían en casa de Christian tres horas más tarde para organizar la búsqueda de Lyla. Anne, Beth y Kathe decidieron ir a tomar un café a un bar cercano para entrar en calor y Byron se despidió de Christian con la intención de ir a casa a por algo de ropa, pero su amigo lo detuvo.

—Cuando preparamos la cabaña de las afueras para refugiar a Nick y a su familia, escondí algunas armas que encontré en mi piso por si en algún momento necesitaban usarlas —Christian soltó el brazo de Byron que había estado sujetando y continuó hablando—. A mi padre le gustaba coleccionar armas y aún guardaba algunas en el apartamento que me dejó, así que iré esta tarde a la casa y las cogeré para ir más seguros.

—¿Estás loco? —Byron sintió que su corazón iba a explotar en cualquier momento. El miedo se estaba apoderando de él con mucha rapidez y su inseguridad se incrementó cuando vio la valentía de Christian ante la situación—. ¡Nunca hemos usado un arma!

—Habla por ti.

Christian y Byron hicieron el camino a las afueras de La Jarosa con gran rapidez. Una vez allí, cogieron las armas que creyeron que podían necesitar y las depositaron en el maletero con sumo cuidado. A Christian no le importó que la policía estuviese haciendo un control ese día ya que su padre le sacó la licencia de armas nada más cumplir los dieciocho.

Tres horas después se encontraban todos en el punto acordado, el piso de Christian. Cuando llegaron las chicas, se encontraron con el salón patas arriba y la mesa de éste repleta de distintas armas de corto alcance; un revolver Colt Python, una automática Colt 45, una G-23FA, cuatro cuchillos Bowie y un machete.

Todas mantenían la boca cerrada desde que habían llegado. Ver ese panorama les estaba asustando todavía más. Byron seguía asustado e inseguro mientras observaba con detenimiento todas las armas y Christian caminaba con paso firme de un lado a otro.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Kathe después de estar más de media

hora sin decir nada. Todos alzaron la mirada y escucharon con atención las indicaciones de Christian.

—Vosotras vigilad en la medida de lo posible a Sophie y la zona mientras nosotros vamos a los distintos lugares donde hemos tenido el placer de coincidir con Patrick —hizo una pausa mientras miraba a sus amigos fijamente—. Lyla habría dado su vida si alguno se hubiese encontrado en su situación —Christian hizo una pausa y empezó a meter armas, ropa y algo de comida en su mochila—. No quiero ni pensar lo que Patrick es capaz de hacerle y no podemos permitirnos ningún desliz.

Todos asintieron con firmeza, parecía que las palabras de Christian les había infundado el valor que necesitaban para seguir adelante con el plan. Sabían que todo aquello podía acabar en fracaso y con alguno de los chicos heridos, pero ninguno se rendiría si se trataba de salvar a Lyla.

El domingo por la mañana, Byron y Christian lo tenían todo preparado y estaban listos para salir en busca de Lyla. Inclınados sobre la mesa del comedor de Christian, observaban con atención el mapa que Byron había elaborado con detenimiento y lo estudiaron con atención. Eran conscientes de que no sabían por dónde empezar ni estaban seguros de cómo tenían que hacer las cosas, pero nada les iba a frenar. Tras mucho meditar, decidieron coger el coche y viajar a Barcelona para visitar la casa de los padres de Sophie.

Después de más de seis horas de trayecto, llegaron al lugar donde había comenzado todo. Pensaron que empezar su búsqueda por el lugar donde se habían iniciado los actos de Patrick contra Lyla y su madre años atrás, sería la mejor opción para encontrar pistas sobre el paradero de este.

Aparcaron el coche en una calle cercana al edificio donde habían vivido los padres de Sophie y decidieron entrar sin más. Habían conseguido, tras mucho suplicar y asegurar que estarían bien, que Sophie les diese las llaves del apartamento para no levantar sospechas entre los vecinos. La casa había permanecido vacía durante más de doce años y los vecinos podían llamar a la policía si veían la cerradura forzada o escuchaban ruidos. A pesar de todo, no estaba muy conforme con el hecho de que dos chicos tan jóvenes e inexpertos saliesen en busca de las pistas que les podían conducir hasta un asesino.



Los chicos tenían miedo, nadie podía negarlo y cuando consiguieron abrir la puerta, después de calmar sus nervios y dar con la llave correcta, no podían creer lo que tenían frente a ellos.

## CAPÍTULO 6: Lucha por lo que amas.

El suelo del salón estaba cubierto de sangre a pesar de que Marcus había estado allí después de que Patrick asesinara al padre de Sophie y lo había limpiado todo a la perfección para que nadie descubriese nada. Este pensó que cuando la policía encontrase el cadáver en los matorrales del parque, el piso sería el primer lugar que visitarían.

Marcus estuvo días acudiendo al piso para limpiarlo todo y reemplazó una vieja alfombra de color amarillo por una totalmente nueva de color blanco, eliminando así cualquier resto de sangre que pudiese haber quedado oculto en los tejidos. Decidió deshacerse de cualquier prueba que relacionase el asesinato con el piso y la policía dio por hecho que había sido un ajuste de cuentas. Nunca encontraron al culpable y ese caso quedó cerrado y archivado. Si Sophie hubiese sabido todo lo que iba a ocurrir unos años después, la policía habría sido su primera opción.

Byron y Christian cerraron la puerta tras ellos y fijaron la vista en la gran mancha roja que oscurecía la blanca alfombra del salón de los Roof. Sus estómagos se revolviéron al pensar en la posibilidad de que esa sangre fuese de Lyla, pero decidieron alejar esos pensamientos de su mente y no distraerse para observarlo todo con atención.

Inspeccionaron la zona meticulosamente y encontraron un pequeño rastro de sangre que conducía hasta una habitación cerrada. La respiración de los chicos se aceleró. ¿Y si Lyla estaba al otro lado de la puerta? ¿Sería Patrick capaz de matarla? Sabían con certeza la respuesta a esa última pregunta, cosa que provocó que su corazón amenazase con salirse de su pecho.

Tragaron saliva y anduvieron con precaución a lo largo del pasillo hasta llegar a la puerta, giraron el pomo empujando con suavidad, pero esta no se abrió. Intentaron lo mismo varias veces más hasta que se convencieron que de esa manera no conseguirían entrar nunca.

—La han debido de cerrar por dentro —sentenció Byron después de empujar la puerta varias veces más—. ¿Qué intenta ocultar con tanto esmero?

—De Patrick no puedes esperar nada bueno. Echémosla abajo y salgamos de dudas cuanto antes —propuso Christian mientras dejaba la mochila en el suelo y se preparaba para golpear la puerta con el brazo. Sabía que no era

demasiado fuerte, pero por otra parte se veía capaz de todo cuando la rabia le invadía al pensar en lo mal que lo podía estar pasando Lyla.

La puerta no cedió con facilidad, así que Byron decidió ayudarle y tuvieron que golpearla repetidas veces al unísono hasta que la cerradura y las bisagras quebraron, provocando que la puerta cayese contra el suelo levantando una gran polvareda. Ambos tosieron repetidas veces y entrecerraron los ojos, intentando ver qué era lo que escondía la habitación.

En el interior, hacía mucho calor y apenas se podía respirar a causa de la humedad acumulada. Parecía que la habitación había permanecido cerrada durante años, aunque ellos sabían que no era cierto. El cuarto estaba totalmente oscuro y decidieron levantar las persianas con mucho cuidado para no alertar a los vecinos.

Un rayo de luz se abrió paso entre las sombras e iluminó la cama, la cual estaba impecable; las sábanas estaban limpias, relucientes y permanecían perfectamente estiradas sobre el colchón situado sobre un canapé de madera.

El temor les llegó de nuevo cuando vieron que sobre esta descansaba la blusa que Lyla llevaba el día que Patrick se la llevó. Estaba cubierta de sangre. Los peores miedos de los chicos se manifestaron al comprobar que la sangre parecía reciente y que había mucha más esparcida por el suelo, como si hubiesen arrastrado un cuerpo hasta dentro o fuera de la habitación.

Siguieron observando el interior durante unos minutos y su vista volvió a fijarse en la blusa. Vieron que por un lateral de la tela, sobresalía un trozo de papel, posicionado de manera cautelosa para que no se manchara de sangre. Ambos tragaron saliva y sus estómagos se convirtieron en dos puños. No podían creer lo que estaban viendo y mucho menos creer lo que sus mentes estaban pensando al respecto.

—Es la blusa que llevaba puesta Lyla el día que Patrick la secuestró — consiguió decir Byron, aunque sus palabras se iban entrecortando con cada bocanada de aire que tomaba.

Ambos se acercaron con inseguridad a la nota y se fijaron en que la blusa estaba agujereada por un lateral, justo en el lugar donde había más sangre. Byron tragó saliva y tomó la nota para abrirla poco después, la puso entre los dos y leyeron en voz alta:

*“Estáis perdiendo el tiempo, llegáis demasiado tarde. Patrick.”*

Christian y Byron se miraron y sus ojos se abrieron de par en par. Se apartaron de la cama y se apoyaron en una de las paredes para intentar relajarse. La nota cayó al suelo y una de las puntas del papel empezó a teñirse de sangre. Minutos después, Christian apretó los puños, se agachó a coger la nota con cuidado de no tocar la sangre y habló con decisión.

—Espera, no podemos rendirnos todavía ni pensar lo peor hasta que no lo veamos con nuestros propios ojos —Byron miró confuso a su amigo mientras este empezaba a dar vueltas por la habitación mirando todo lo que tenía a su alrededor, intentando encontrar algo que le aclarase las ideas—. Patrick siempre lo ha manipulado todo como ha querido y nos ha tratado como si fuéramos sus muñecos, no podemos dejar que nos gane antes de ni siquiera haber jugado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Con eso quiero decir, amigo mío, que vamos a seguir buscando y moveremos cielo y tierra hasta que la encontremos. Viva o muerta. No voy a creer en lo que veo hasta que encuentre algo que de verdad me demuestre que Patrick le ha hecho algo.

—¿Cómo qué? —Byron sabía perfectamente la respuesta, pero no se creía capaz de asimilarla si no la escuchaba en voz alta.

—Su cuerpo.

Byron asintió poco convencido de las palabras de su compañero y decidieron meter en una bolsa la blusa, la nota y algunos harapos más que encontraron cubiertos de sangre y llevárselo por si en algún momento debían acudir a la policía.

Se quedaron un rato más en el piso para seguir inspeccionando cada rincón en busca de alguna pista que les desvelase donde podría haberse llevado Patrick a su hija sin que nadie se diese cuenta, pero todo apuntaba a que allí no había más que una pista manipulada.

Tras más de dos horas buscando, decidieron dejarlo estar y volver a Madrid para recorrer los siguientes puntos del mapa ideado por Byron. Volvieron a bajar la persiana y lo dejaron todo como estaba para que nadie se diese cuenta de que había habido gente. Antes de abandonar el piso decidieron hacer algunas fotos para demostrar lo que habían visto por si Patrick volvía y borraba las pruebas, fuesen falsas o no.

Cuando llegaron a la calle donde habían dejado el coche, volvieron a guardar el material que llevaban en el maletero y salieron dirección a Madrid.

Pensaban recorrer todos los puntos marcados en el mapa hasta dar con algo que les condujese al paradero de Patrick. No dejarían que Lyla continuase en manos de su padre.

Mientras Christian conducía en silencio, Byron miraba fijamente a un punto fijo en el vidrio de la ventada del copiloto sin apenas pestañear. Volvían con las manos vacías del lugar donde pensaron que podían encontrar todas las pistas que necesitaban para encontrar a Patrick, pero este parecía un hueso duro de roer.

Llegaron a Madrid sobre las tres de la madrugada y pensaron que lo mejor sería ir a descansar antes de ponerse a buscar de nuevo, ya que el cansancio podría jugarles malas pasadas. Decidieron no avisar a los demás de su regreso para no crearles falsas esperanzas y no hundirles al no haber encontrado nada. Seguirían buscando por su cuenta y evitarían a toda costa que Sophie se enterase de que habían vuelto.

Byron acordó con Christian que se quedaría a dormir en casa de este para al día siguiente empezar a trabajar de buena mañana y para que sus padres no se percatasen de que había vuelto ya que pensaban que se había ido de viaje para despejar su mente.

Había algo en el interior de Byron que le hacía temer lo peor, pero otra parte le empujaba a seguir adelante y a no rendirse mientras le quedaran fuerzas. Cerró los ojos y se sumió en un profundo sueño donde encontraban a Lyla y por fin podían estar tranquilos todos.

## CAPÍTULO 7: Cada vez más lejos.

Después de algo más de dos semanas recorriendo la ciudad de Madrid sin encontrar nada que les fuese útil, las esperanzas de los dos chicos habían caído en picado. ¿Qué más podían hacer? El último lugar que inspeccionaron una mañana de lluvia fue el bar donde Lyla hizo su primera y última actuación.

La sorpresa vino cuando vieron que el bar había sido cerrado y tanto la puerta principal como las ventanas estaban tapiadas con ladrillos. Vigilaron que nadie viniese por la calle cuando se colaron en el interior del edificio por una puerta trasera que había sido abierta por alguien. El hecho de encontrarse con una entrada tan fácil en un lugar abandonado les dio esperanzas. ¿Y si Patrick hubiese llevado allí a Lyla?

La decepción se hizo notoria en sus rostros cuando vieron el bar lleno de ocupas y comprendieron al instante que habían sido ellos los que habían forzado la entrada. Con el permiso de los nuevos habitantes del bar, siguieron el pasillo hasta llegar al lugar donde Patrick había asesinado a uno de los guardias el día de la actuación de Lyla. No había ni rastro de la sangre derramada ese mismo día.

—Al parecer Patrick se ha encargado de borrar todo aquello que le relacionase con los crímenes cometidos —dijo Byron mientras miraba las paredes a su alrededor.

—Patrick no se mancha las manos, tiene idiotas que lo hacen por él.

Cabizbajos y enfurecidos a la vez, se despidieron de las personas que vivían allí dentro y se dirigieron al coche de nuevo. Byron conducía esta vez y lo hacía con la mirada fija al frente. Sus manos apretaban con fuerza el volante y sus músculos estaban en continua tensión. No podía creer que todos sus intentos por ayudar a Lyla hubiesen sido en vano.

Al llegar a casa de Christian, ambos se dirigieron al salón y se dejaron caer sobre el sofá, estaban agotados y no tenían fuerzas ni para pestañear. Tras unos minutos de conversación decidieron pedir algunas pizzas para cenar y relajarse un poco.

—Deberíamos dejar el coche unas calles más abajo para evitar que sepan que estamos aquí —dijo Christian mientras observaba por la ventana su Seat Ibiza blanco aparcado justo delante de la puerta.

—Sí, sería lo mejor —Byron se levantó y le tendió la mano a su amigo para que le pasase las llaves—. Ya lo llevo yo, así luego camino un rato.

—¿Estás bien?

—Lo estaré.

Con esas últimas palabras Byron salió del apartamento de su compañero y se dirigió al coche. Una vez se había acomodado dentro, arrancó y condujo calle abajo. Sumido en sus pensamientos, pasó varias calles sin tener muy claro donde iba a dejar el coche y siguió conduciendo para despejar su mente.

Pasadas tres manzanas del apartamento aparcó el coche en un parking descubierto donde no había muchos coches aparcados. Se alzó el cuello de la chaqueta y caminó con las manos metidas en los bolsillos. Sabía que tardaría más de media hora en llegar al edificio, pero no le importó caminar bajo el cielo estrellado. Caminó con paso firme y seguro por las diferentes calles. Todas las tiendas estaban cerrando y el frío se calaba en los huesos. Eran las diez de la noche y ese invierno estaba siendo demasiado frío para pasear con un jersey y una chaqueta de lana fina.

Los pensamientos de Byron habían vuelto al pasado, al momento en que Lyla estaba junto a él y se sentía el hombre más afortunado del mundo por tenerla a su lado. Miles de recuerdos le inundaron la mente. Aunque habían estado poco tiempo juntos todo lo vivido junto a ella le había hecho mejor persona.

Lyla había hecho de él un chico totalmente diferente. Era la única que había conseguido que dejase su mal genio a un lado y volviese a disfrutar de la vida.

*—Tengo que volver a casa, mi madre y Marcus estarán preocupados —dijo Lyla mientras se levantaba de una toalla que Byron había extendido en el suelo para contemplar las estrellas.*

*—Tranquila, les he avisado.*

*Byron se acercó a Lyla y le tendió una pequeña manta por los hombros cuando vio que esta empezaba a tiritar. Ambos estuvieron observando el cielo durante más de una hora hasta que Lyla dio un respingo y se levantó de repente.*

*—¿Qué pasa?*

—*¡Una estrella fugaz! —gritó Lyla emocionada—. ¡Vamos, pide un deseo!*

*El chico se levantó para ponerse junto a ella y le tomó la mano. Ambos cerraron los ojos con fuerza y pidieron para sí mismo lo que más deseaban; ser felices pese a las tormentas que se avecinaran.*

Una lágrima corrió por la mejilla de Byron al recordar aquel momento. Habían pedido ser felices y ninguno de los dos lo estaba siendo lo más mínimo. Pensó que posiblemente nunca volverían a serlo. Negó con la cabeza repetidas veces para alejar esos pensamientos de su mente y siguió caminando.

Tal y como había calculado, se encontraba frente a la puerta del apartamento media hora después. No se había acordado de coger llaves, así que picó y aguardó a que su compañero le abriese.

Cuando Christian abrió la puerta, su tez se encontraba pálida y sostenía entre sus manos una nota. Byron cerró la puerta tras de sí y aguardó, con algo de desesperación, a que su amigo le explicase que estaba pasando. Mientras esperaba a que Christian empezara a hablar, se despojó de la chaqueta helada y la colgó en el perchero que ambos habían montado días antes.

—El repartidor no solo nos ha traído las pizzas, dentro de una de ellas iba una nota muy clara de Patrick —Christian le tendió un papel arrugado y Byron lo cogió con manos temblorosas.

*“Estáis buscando demasiado, ¿no creéis? Quizás sea demasiado tarde para andar con tonterías. Dejadlo estar y no os busquéis más problemas. Patrick.”*

—Estoy harto de sus amenazas —Byron arrugó el papel como parecía que había hecho previamente Christian y lo arrojó a la chimenea.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Christian. Aunque parecía el más confiado y valiente del grupo, la confianza en sí mismo se le estaba agotando.

—Mañana iremos al parque y al almacén. Son los únicos lugares que nos quedan por mirar —dijo Byron mientras cogía un trozo de pizza y se lo



llevaba a la boca—. Si no encontramos nada, no sé qué más podemos hacer. —Si no encontramos nada, avisaremos a la policía de una vez por todas — sentenció Christian mientras imitaba la acción de su amigo y ambos empezaban a comer.

Cuando acabaron de cenar y lo recogieron todo, prepararon todo el material que creyeron necesario para hacer sus últimas visitas al día siguiente y decidieron ir a acostarse para estar preparados para cualquier situación.

Para ellos, el día siguiente era crucial en la búsqueda de Lyla; si no encontraban nada en el lugar que había sido la vivienda de Patrick durante el tiempo que estuvo en Madrid, no encontrarían nada en otros sitios.

## CAPÍTULO 8: Es inútil.

A la mañana siguiente se despertaron más temprano de lo que ambos habían esperado. Eran tan solo las siete de la mañana cuando tomaron el café y se prepararon para ir al parque donde encontraron a Sophie después de que Patrick la secuestrara.

Se vistieron con rapidez y con ropa cómoda, dejaron las tazas del café dentro del lavavajillas, cogieron de nuevo las mochilas y salieron en dirección al parque. Byron le explicó a Christian que había dejado el coche cerca de este, así que irían andando y luego lo cogerían para ir hasta el almacén.

Al llegar allí comprobaron, muy a su pesar, que todo el parque estaba en obras y unos cuantos obreros trabajaban sin parar para asfaltar el suelo correctamente. Vieron varias máquinas trabajando la poca tierra que quedaba y sus corazones se convirtieron en dos puños.

—Si había algo que pudiese ayudarnos, está claro que ha desaparecido —Byron tiró la mochila al suelo con fuerza y se sentó en el mismo, frotándose las sienes con los dedos índice y corazón.

—Nos queda por visitar e investigar el lugar más importante de todos. Si de verdad ha estado viviendo ahí, es imposible que haya conseguido llevárselo todo —Christian se sentó junto a Byron y le extendió una lata de Coca-Cola. El cansancio en el rostro de su amigo podía verse desde lejos y un poco más de cafeína le sentaría bien—. Sabemos con certeza que Patrick ha estado escondido durante todos estos años en el almacén al que me llevó, seguro que podemos encontrar algo que nos sirva de ayuda.

—¿Y si no encontramos nada? —el positivismo de Byron había sido reemplazado por el miedo permanente a no encontrar a Lyla. No podía imaginarse la vida sin ella.

—Si no, tendremos que ir con todo lo que encontremos a la policía y pedir ayuda de una vez por todas —Christian suspiró cansado y miró a Byron con ojos desilusionados—. No podemos seguir dando palos de ciego mucho tiempo más.

Ambos suspiraron, sabían perfectamente que si iban a la policía podían caerles cargos a todos por ocultar lo que estaba pasando e ir a buscar pruebas por ellos mismo. Habían ocultado información sobre asesinatos, secuestros y habían permitido que un asesino anduviera suelto.

Decidieron continuar buscando y se dirigieron al lugar donde la noche anterior Byron había aparcado el coche ya que el almacén quedaba un poco lejos de donde se encontraban en ese momento.

Una vez allí, decidieron dejar el coche en el callejón de detrás del almacén por si había algún secuaz de Patrick vigilando la zona y le avisaba de sus intenciones. Estaba claro que alguien les vigilaba ya que Patrick sabía en todo momento lo que estaban haciendo y les enviaba esas notas inesperadas.

Entraron por la misma ventana por la que Lyla había entrado meses antes para sacar a Christian de aquel lugar y empezaron a registrar las habitaciones, una a una. Comprobaron que la mayoría de ellas no estaba igual a como las recordaba Christian y eso les hizo sospechar que Patrick había limpiado bien el lugar antes de irse. Pero, si no estaban ahí, ¿dónde se había llevado a Lyla? Intentaron llamar a Sayer para ver si conseguían rastrear la llamada con un programa de ordenador que Nick les había enseñado hacía tiempo, pero nadie contestó a las llamadas.

—No va a responder, sabe que lo que queremos —Byron se sentó en un sofá mugriento y este se rompió nada más sentir el peso del chico. Se levantó rápidamente y miró en el interior del agujero—. ¿Qué es esto?

Del interior del agujero que él mismo había creado sacó una caja repleta de tubos de sangre. Debía haber cientos de tubos llenos con la sangre de alguien. ¿Por qué habría escondido Patrick aquello? Christian cogió la caja y salió corriendo para guardarla en el coche. Minutos después volvió y no encontró a Byron en el mismo lugar donde le había dejado.

—¿Byron? —Preguntó, intentando no gritar demasiado. Su amigo respondió con un “aquí” que parecía provenir de la sección norte, donde Christian había pasado su cautiverio—. ¿Qué haces ahí tirado?

—Hay algo aquí abajo —Byron permanecía con la oreja puesta en el suelo y daba pequeños golpecitos en el suelo—. Debe de haber alguna trampilla o algo por el estilo.

Christian lo miró confundido pero se puso de rodillas y empezó a palpar el suelo con mucha suavidad, intentando encontrar una superficie de madera sobre el suelo de hormigón. Con un chasquido de dedos, Byron lo llamó y le incitó a que se acercara; lo había encontrado. Entre los dos, estiraron de la pequeña anilla que abría la trampilla y esta se abrió mostrando unas escaleras que bajaban a una especie de sótano. Se miraron confusos y Christian sacó la linterna de su mochila, alumbrando con esta al interior del pasillo que se encontraba ahora frente a ellos.

Recorrieron el túnel con mucho cuidado y mirando fijamente dónde pisaban. Era un lugar muy estrecho, oscuro y sin ventilación alguna. Anduvieron durante más o menos cinco minutos y finalmente llegaron a una estancia enorme. El suelo de esta tenía marcas de neumáticos y entendieron perfectamente como Patrick salía y entraba sin ser visto. Observaron con gran asombro que la estancia tenía una serie de monitores que grababan lo que parecía ser un aparcamiento y comprendieron al instante que allí era donde iba a parar la salida de la habitación en la que se encontraban.

—Siempre me he preguntado cómo podían moverse Patrick y sus hombres sin ser vistos —dijo Byron mientras lo miraba todo ensimismado—. Ahora lo entiendo todo.

—Tiene que estar forrado para tener todo esto aquí abajo.

Hicieron fotografías de todo lo que pudieron y más, incluso de aquellos pequeños detalles que podían resultar estúpidos y volvieron a subir por las escaleras que les habían conducido hasta allí. Siguieron con la búsqueda de pistas pero se encontraron todas las habitaciones completamente vacías y, lo más extraño de todo, estaban relucientes.

—Parece que haya pasado un camión de la limpieza por aquí, está todo demasiado limpio y vacío —Christian observó con atención la habitación en la que estaban en ese momento y cayó en la cuenta de que eso había sido el salón—. Cuando Patrick me trajo aquí, esto era el salón. Antes estaba todo repleto de muebles y de figuras de animales que daban miedo.

Escucharon un fuerte golpe que procedía del piso superior. Se miraron a los ojos y empezaron a correr hacia la ventana por la que habían accedido al almacén abandonado. Se subieron al coche y volvieron a casa de Christian como alma que lleva al diablo. Era inútil pretender que podían encontrarlos ellos solos, para encontrar a Patrick se requeriría todo un equipo de investigadores y miles de aparatos especializados.

Una vez en casa, se despojaron de sus ropas y se acostaron cada uno en su cama. Ambos en la misma habitación, miraban al techo con los ojos enrojecidos sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Byron fue el primero que se atrevió a asumir la derrota e intentó explicarle a su amigo que lo mejor sería permanecer un tiempo escondidos.

—Creo que lo mejor será que Sophie y los demás no nos vean en una temporada, hasta que decidamos que hacer —Byron miró a su amigo y vio como este asintió con mucho pesar.

—Al menos hasta que sepamos qué hacer o decir.

El resto del tiempo que pasaron despiertos antes de quedarse dormidos estuvieron mirando al techo, pensativos e intentando que las lágrimas no se escapasen de sus ojos. Habían fracasado en el intento de salvar a Lyla, iban a ser los héroes y habían quedado como unos cobardes. Pero, ¿qué iban a hacer? Habían ido a todos los lugares en los que sabían que Patrick había pasado un corto periodo de tiempo. Si no habían encontrado nada allí, ¿dónde iban a encontrarlo? Tampoco era culpa suya volver con las manos vacías, ¿verdad?

Sophie y las chicas habían pasado los últimos días que los chicos habían estado fuera con los móviles en la mano esperando obtener señales, pero “nada” fue lo que obtuvieron. Esperaron durante día las novedades hasta que se cansaron de hacerlo en vano.

Cada día que pasaba se sentían más agotados y menos esperanzados, no sabían que hacer para ayudar y el tiempo se estaba agotando. Nadie confiaba que Patrick mantuviese mucho tiempo con vida a Lyla.

## CAPÍTULO 9: Con el paso de los días.

Al mismo tiempo que los chicos buscaban sin éxito las pistas que necesitaban para encontrar a Lyla, Sophie intentaba localizar a Marcus. Desde el momento en que Byron y Christian habían empezado la búsqueda, ella no había visto a su fiel amigo. Marcus salió por la puerta principal de su piso el día que Byron anunció que iban a buscar a Lyla y no volvió a entrar.

Las chicas ya no pasaban tanto por su casa y Sophie cada día se sentía más sola y derrotada. Aunque no quería reconocerlo, había perdido totalmente la esperanza y sentía que poco a poco su corazón y su mente se iban apagando. Sabía que estaba cayendo de nuevo en una depresión y necesitaría ayuda, pero no quería preocupar más a los chicos así que decidió llevar ese tema, aunque no se sintiese capaz, sola.

Se pasaba el día y la noche metida en la cama, sollozando y deseando que su hija estuviese muerta. Sophie prefería que Lyla muriese antes de que Patrick le hiciese la mitad de las cosas que le hizo a ella cuando eran jóvenes. Con lágrimas en los ojos y el corazón encogido, Sophie se durmió después de muchos días sin pegar ojo.

El timbre sonó con fuerza esa mañana. Sophie se levantó como pudo de la cama, se cubrió con una bata de franela y abrió la puerta con los ojos hinchados de llorar tanto y dormir tan poco. Las chicas se encontraban frente a ella con una sonrisa de disculpa y un gran ramo de rosas. Sophie sonrió como una niña pequeña y se hizo a un lado para que pudiesen entrar.

Una a una la animaron a sonreír y la abrazaron demostrando todo el cariño que sentían por esa bella mujer. En poco tiempo todos se habían convertido en una gran familia y para las chicas estar junto a ella era como estar en su propia casa.

—Sentimos no haber venido esta última semana —dijo Kathe con la voz entrecortada, era notable que ninguna de las tres había dormido en varios días—. Hemos tenido los exámenes de recuperación y hemos ido de culo.

—De verdad sentimos haberte dejado sola —Anne posó su mano sobre la de Sophie y la apretó con suavidad.

—Lo entiendo —Sophie les sonrió con mucho cariño. Ellas habían

sido su gran apoyo durante el último mes.

—Sé que es estúpido preguntarlo pero, ¿cómo estás? —Beth sonrió con esa sonrisa que iluminaba un día completamente gris y Sophie sintió que podía respirar otra vez.

—Estoy bien, no os preocupéis.

En cuanto las palabras salieron de los labios de Sophie, sus ojos se empezaron a llenar de lágrimas y no pudo evitar llorar. Las chicas se miraron y la abrazaron con dulzura. No dejarían que se hundiera por nada del mundo. Se dieron cuenta inmediatamente que padecía depresión de nuevo y no podían permitir que acabase hospitalizada de nuevo.

La escena era digna de contemplar, las cuatro estaban sentadas en el sofá y se abrazaban las unas a las otras intentando darle cariño todas a la vez a Sophie.

—Seguro que con el paso de los días todo mejora y encontramos una solución —dijo Anne esperanzada.

Las chicas también estaban angustiadas pero no podían permitir que Sophie estuviese mal cuando Lyla llegase. Si conseguía escapar de las garras de Patrick, necesitaría todo el cariño de su madre.

Para distraerse y limpiar un poco, Kathe propuso que podían ordenar todas las habitaciones menos la de Lyla ya que Sophie no quería que nadie entrase en ella. Todas estuvieron de acuerdo y se pusieron manos a la obra. El piso necesitaba un buen repaso ya que desde que Lyla desapareció, Sophie no había tenido fuerzas de hacer nada.

Al ser ocho manos para trabajar, dos se quedarían arreglando el salón, una limpiaría la cocina y otra ordenaría las habitaciones; Sophie decidió que se encargaría de las habitaciones ya que sabía dónde iban todos los objetos personales de ella y de Marcus, Beth se pidió la cocina y Kathe y Anne se pusieron manos a la obra con el salón.

Pasaron todo el día entre risas mientras encontraban fotos antiguas de Sophie y Marcus. Llenaros más de tres bolsas de cosas que ya no servían y de figuras que Marcus guardaba por si algún día se volvían valiosas. Sophie explicó entre risas que dichas figuras eran simples recordatorios de bodas y bautizos de amigos y vecinos.

A media tarde, decidieron descansar un poco y Kathe se puso a hacer café mientras Sophie sacaba unas pastas. Las cuatro mujeres se sentaron tranquilamente en el sofá y conversaron durante más de tres cuartos de hora mientras disfrutaban de un agradable café caliente.

—Creo que va siendo hora de que volvamos a la faena —dijo Sophie mientras se levantaba con dificultad del sofá—. Ya no soy tan joven y ágil como antes y si me siento mucho rato, luego no me levanto.

Las chicas intentaron contener la risa al ver como Sophie se llevaba la mano a la espalda mientras se levantaba del sillón pero no pudieron evitarlo viendo como Sophie fingía secarse el sudor de la frente. Poco después, cuando todas se recuperaron de tanto reír, se volvieron a distribuir por la casa para continuar limpiando.

Mientras Sophie limpiaba y ordenaba la habitación de Marcus con mucho esmero, encontró en uno de los cajones un doble fondo que parecía haber sido cerrado a consciencia. Con las pocas fuerzas que le quedaban y con la ayuda de un destornillador, levantó la tapa de madera y encontró bajo esta varios papeles con anotaciones.

Intentando no hacer ruido, sacó todos los cajones que contenía la cómoda y los vació. Comprobó con gran asombro que todos tenían un doble fondo bien cerrado y, después de levantar todas las tapas, vació el contenido sobre la cama.

Con paciencia, Sophie se sentó en la cama para leerlos con calma y atención, quizás alguno de esos papeles podía informarle de su paradero. La mayoría contenían escritos que Sophie jamás entendería y los apartó a un lado ya que nos los creyó importantes.

Siguió ojeando los papeles y se fijó en unos pasaportes y documentos con otro nombre, los miró con atención y comprobó que todos tenían la foto de Marcus con algunos cambios en su pelo o llevando bigote postizo. Dejó a un lado los documentos y siguió buscando con la esperanza de que todo fuese una simple broma.

Justo en el momento en que cogía una libreta, su teléfono móvil empezó a sonar. Miró de quien era la llamada y sonrió al ver que se trataba de Marcus. La ilusión y toda la esperanza perdida volvieron a ella en cuanto descolgó el teléfono y escuchó la respiración de su amigo.

—¡Marcus! —la voz de Sophie sonó esperanzada, alegre. Saber de nuevo de su amigo era lo mejor que le había pasado en las últimas semanas—. ¿Dónde estás? ¿Vas a venir?

—No voy a volver todavía, Sophie —la voz de Marcus sonaba apagada y angustiada—. Sigo buscando sin parar, he vuelto a viajar a Londres pero no hay nada en el piso donde encontré todos los documentos la otra vez, ya no sé qué hacer.



—¡No te rindas por favor! —Sophie suspiró y tomó de nuevo la libreta, la abrió y vio distintos borradores de lo que parecían ser notas.

Mientras Marcus le explicaba donde había estado y en todos los lugares que había buscado, Sophie fue ojeando la libreta hasta que encontró unas notas que llamaron su atención. Reacia a creerse lo que sus ojos estaban viendo, siguió pasando hojas mientras Marcus seguía hablando a la otra línea. Una página en concreto le llamó la atención y supo que nada de lo que había encontrado en los cajones era falso.

## **CAPÍTULO 10: Será mejor que no vuelvas.**

Sophie no podía creer lo que estaba viendo pero, aunque intentara negarlo, no podía evitar la realidad. Había encontrado varios borradores de una carta que jamás debió ser enviada. Siguió buscando entre los papeles y encontró la carta entera que provocó la muerte de Nick.

*“No te fíes de lo que tienes en tu propia casa. ¿Ha cambiado Nick y se arrepiente? Já. Solo era una patraña para salvar a Christian, aunque al final no funcionó ya que tu hija fue más lista e hizo las cosas por su cuenta. No te fíes de las apariencias, porque suelen engañar.*

*Tu fiel admirador.”*

Esas palabras provocaron que un adorable chico de tan solo dieciocho años pereciera ante la maldad de Patrick y acabase bajo tierra antes de tiempo. Esas palabras destrozaron y condenaron a sufrir durante toda la vida a una noble familia. Esas fueron las palabras que causaron tanto mal al grupo de amigos de su hija. Es algo que jamás podrían perdonar.

Sophie apretó las manos con furia y tiró la libreta contra una de las paredes. Intentó controlarse para no ponerse a gritar como una energúmena y no alertar a las chicas que seguían trabajando fuera.

Siguió buscando entre los papeles que había encontrado y descubrió que Marcus no solo era su chivato, sino que también era su chófer y su piloto personal. En ese momento, comprendió para qué había utilizado Marcus los pasaportes y la documentación falsa, para poder ser el cómplice de Patrick sin que nadie sospechase de él.

Mientras Marcus seguía explicando todo lo que había hecho, ella intentaba escuchar lo que este decía y de vez en cuando producía sonidos para fingir que estaba prestando atención. Aguardó a que Marcus acabase de hablar antes de que decir las palabras más dolorosas de su vida.

—... así que no sé cuándo volveré porque tengo que... —las palabras de Marcus fueron cortadas por la voz tajante de Sophie.

—¡Será mejor que no vuelvas! —la voz de Sophie era fría, sin ningún ánimo. Escuchó como Marcus suspiraba al otro lado de la línea y solo oyó un susurro

—. ¡Jamás!

—Has encontrado la libreta, ¿verdad?

—¿Cómo has podido? —la rabia que sentía Sophie en ese momento no se podía comparar con nada conocido. Apretó el teléfono con fuerza e intentó no tirarlo contra el suelo—. No sólo he encontrado la maldita libreta con la carta que provocó que el asqueroso de Patrick matase a Nick, sino que también he encontrado toda la documentación falsa que utilizabas para comunicarte y viajar con él.

—Llevaba toda la vida amenazado, no podía hacer otra cosa y...

—¿Qué no podías hacer otra cosa? —Parecía que fuera a echar fuego por la boca en cualquier momento. No podía creer lo que estaba escuchando—. ¿Ser su cómplice durante todos estos años era tu mejor opción? ¡¿Dónde está mi hija?! —los gritos de Sophie provocaron que las chicas acudieran rápidamente a la habitación y se quedaron estupefactas cuando entendieron la situación.

—No puedo contarte nada, espero que puedas perdonarme.

La llamada se cortó y Sophie se quedó mirando con los ojos llenos de lágrimas el teléfono durante más de diez minutos. Las chicas aguardaron el momento oportuno para sacarla de allí y llevarla hacia el salón para intentar relajarla. Nada ni nadie podría jamás hacer que Sophie perdonase a Marcus por todo lo que le había hecho pasar y por todo lo que aún le quedaba por pasar. Nunca habría imaginado que alguien tan querido y cercano fuese capaz de traicionar a su familia de esa forma tan cruel.

A la mañana siguiente Kathe recibió una llamada de su primo. Le comunicaba que volverían pronto y les contarían todo lo ocurrido cuando llegasen. Kathe les contó muy por encima lo que había pasado con Marcus y se despidieron poco después dejando a los chicos enfadados y confusos. La chica dio la noticia a las demás y las cuatro juntas se sentaron a desayunar tranquilamente.

La noche anterior, las amigas de Lyla acordaron quedarse a dormir para no

dejar sola a Sophie después de la decepción que se había llevado con Marcus. Nadie podía creer lo que estaba pasando; no habían recibido señales de Patrick, Marcus les había traicionado y los chicos tenían algo que decir que no sonaba demasiado bien.

Las chicas convencieron a Sophie para salir a comprar al supermercado y así despejarse un poco. Recogieron los cacharros que habían utilizado para desayunar y salieron en dirección a la tienda. La gente saludaba a Sophie con alegría. Nadie sabía que esa mujer no era aquella persona alegre y social que habían conocido. Nadie en la ciudad sabía que Lyla había desaparecido, Patrick sabía mantener su pellejo bien a salvo.

Por mucho que intentaron hacer sonreír a Sophie, ninguna de las tres lo consiguió. Volvieron al piso cargadas de bolsas con comida y otras cosas necesarias para el día a día y las colocaron en sus respectivos sitios nada más llegar.

Cuando terminaron, Anne y Beth anunciaron que tenían que irse ya que sus padres empezaban a sospechar. Kathe decidió quedarse hasta que llegasen los chicos ya que sus padres estaban de viaje y la llamaban muy de vez en cuando. Ambas se sentaron en el sofá y vieron la televisión hasta que se quedaron plácidamente dormidas.

Semanas más tarde Sophie había llegado a tal punto que las chicas decidieron que lo mejor sería llamar a un médico y que valorase el estado de la mujer. Media hora después de realizar la llamada, llamó a la puerta un hombre esbelto y de cabello canoso, este sonrió y entró con el permiso de las muchachas.

Cuando vio al hombre entrar en la habitación no pudo hacer otra cosa más que suspirar y agachar la cabeza. Tras una severa revisión, el doctor dictaminó que padecía un cuadro de ansiedad y que lo mejor era que fuese trasladada a un centro donde podrían cuidarla y darle la medicación adecuada.

Ante aquel nuevo contratiempo, nadie pudo hacer nada ya que se trataba de la salud de Sophie. Anne ayudó a la mujer a prepararse algo de ropa y los utensilios higiénicos que podría necesitar en la clínica. Mientras tanto, Kathe y Beth fueron a buscar el coche y, cuando las cuatros estuvieron preparadas, siguieron el coche del médico hasta el Centro de Salud Mental.

Al llegar, las chicas acompañaron a Sophie hasta su habitación y escucharon con atención todo lo que el médico les fue explicando; podrían visitarla dos veces al día siempre y cuando la paciente se tomase los medicamentos indicados y pusiera de su parte para superar la depresión en la que había sido sumida.

—Vendremos a diario para traerte todo lo que necesites, no tienes que preocuparte por nada—Kathe abrazó con fuerza a Sophie y esta le sonrió a modo de agradecimiento.

Los días siguientes a la entrada de Sophie en la clínica, fueron mucho más tranquilos y relajados. Parecía que la mujer cada día era capaz de sonreír un poco más y los medicamentos estaban surtiendo el efecto esperado. Ella no había olvidado el hecho de que su hija no estaba y que podría ser que no la volviese a ver, pero intentaba sobrellevarlo de la mejor manera posible.

Al día siguiente del ingreso, por la mañana, Christian y Byron aparecieron en casa de Sophie y por más que llamaron a la puerta, nadie les abrió. Llamaron a Kathe y esta contestó al instante.

—¿Dónde estáis? —Preguntó Christian angustiado—. Estamos picando y nadie abre.

—Estamos en el Centro de Salud Mental de Ciudad Lineal. Hace unos días ingresaron a Sophie porque tenía depresión de nuevo y estaba sufriendo un cuadro de ansiedad —se le escuchó suspirar con cansancio, pero su voz sonaba emocionada al mismo tiempo—. Venid y os lo explicaremos todo con calma.

—Ahora vamos.

—Os esperaremos abajo —Kathe estaba a punto de colgar cuando Christian le habló de nuevo.

—¡Oye! —exclamó el chico apresuradamente, no quería que colgase todavía.

—Dime.

—Te he echado de menos.

## CAPÍTULO 11: Lo superaré.

Byron y Christian llegaron en menos de veinte minutos con el coche, aparcaron en la zona gratuita. El lugar estaba completamente vacío y no parecía que el hospital hubiese estado en funcionamiento alguna vez.

Se dirigieron a la entrada principal donde habían acordado reunirse con las chicas minutos antes de llegar. Estas les estaban esperando con unas grandes sonrisas en sus rostros. Hacía aproximadamente un mes que no se veían y con todo lo que estaba pasando se les había hecho eterno.

Kathe empezó a correr en dirección a los chicos nada más verlos, saltó en los brazos de Christian y lo besó con todo el cariño que había guardado para él durante el tiempo que habían estado buscando a Lyla. Anne y Beth también se acercaron a saludarlos y se volvieron a sentir como en casa, pero les seguía faltando el pilar más importante.

Lyla había conseguido unirlos a todos cuando parecía que una gran tormenta les separaba. Ella fue el Sol que hizo brillar de nuevo su amistad y ahora que no la tenían cerca, faltaba algo que les daba el calor que necesitaban para sonreír. Lyla había hecho que dejaran a un lado sus diferencias y el pasado. Los habían reunido de nuevo después de muchos años.

—¿Habéis conseguido algo? —La voz de Beth sonaba esperanzada, pero sus ojos se apagaron cuando vio la reacción de los muchachos ante tal pregunta —. No habéis vuelto con ella, ¿verdad?

Una lágrima cayó de los húmedos ojos de la chica, jamás se le había visto llorar pero el hecho de no saber en qué situación podía encontrarse su amiga, la hizo explotar.

—De eso queríamos hablar —Byron se sentó en un banco cercano e invitó con la cabeza a sus compañeros a que hicieran lo mismo. Las chicas le miraban con gran atención, aguardando a que empezara a hablar. Les temblaban las manos y sentían un nudo en la garganta, no tardarían en echarse a llorar—. Hemos buscado en todos los lugares donde creíamos que podíamos encontrar algo y en otros muchos más, pero todo ha sido en vano. No tenemos ni la más remota idea de donde puede habérsela llevado y encima, si Marcus le ha estado ayudando, es imposible que haya dejado ningún cabo suelto que nos informe de su paradero. Queríamos traerla de vuelta con nosotros y la hemos cagado —Byron se frotó los ojos e intentó

con todas sus fuerzas que no derramasen ninguna lagrima, pero fue inútil—. Ha llegado el momento de avisar a la policía y acatar las consecuencias.

—Si no la encontramos pronto no sabemos de qué será capaz Patrick, no sabemos en qué situación puede encontrarse y debemos estar preparados para lo que venga —dijo Christian mientras posaba la mano sobre el hombro del que se había convertido en su hermano y lo apretaba con suavidad.

—No sé cómo hemos dejado que esto pase. Sabíamos que era imposible que unos chavales de dieciocho y diecinueve años encontrasen nada y preferimos mojarnos y perder tiempo a hablar con la policía directamente— Kathe estaba nerviosa y todo su cuerpo temblaba, se mordió el labio para evitar llorar.

—Nadie sabía que Patrick fuese tan astuto y menos que tuviese un as bajo la manga —Anne suspiró vencida. Todo el cansancio que había acumulado durante las últimas semanas se estaba haciendo presente.

—Hay que contárselo a Sophie de alguna forma.

La pandilla se encontraba ahora en la habitación de Sophie, esta estaba sentada frente a la ventada y observaba fijamente el cielo lleno de nubes. Desde que su hija había desaparecido, todo le había parecido distinto pero ahora que se encontraba allí sin poder hacer nada y sin saber nada de ella, sentía que el mundo había llegado a su fin.

Los chicos estaban nerviosos, ¿cómo se le decía a una madre que no habían encontrado nada sobre el paradero de su hija? Iban a destrozarla y sabían que era posible que no saliese de ese centro sin tener a Lyla a su lado. Christian se armó de valor y se acercó a ella. Había pasado más de la mitad de su vida con ella y creyó ser el más indicado para darle la noticia. Le puso la mano en el hombro e inmediatamente Sophie se volteó y le sonrió con dulzura. Se levantó rápidamente y le abrazó con fuerza. Él era como el hijo que jamás había tenido y le encantaba verlo con Lyla. Le había echado de menos y su corazón dio un respingo al ver que estaba sano y salvo, jamás se lo hubiese perdonado si le hubiese pasado algo.

—¡Habéis vuelto! —Sophie miraba a Christian con esa mirada de esperanza y orgullo que el chico había visto otras veces. Ahora iba a decepcionarla—. ¿Dónde está Lyla?

La mujer miraba con ilusión y entusiasmo hacia la puerta, confiaba mucho en los chicos y creyó que era totalmente posible que regresasen con su hija sana y salva. Al no ver a Lyla por ningún lado y ver las caras tristes de los demás,

entendió que algo no había salido como lo habían planeado.

Sophie miró a Christian a los ojos y estos le confirmaron sus sospechas, no habían encontrado a Lyla y no tenían ni idea de dónde ni cómo podía estar.

—Tenemos que decirte algo —Christian se separó de Sophie y la ayudó a sentarse de nuevo en la silla. Los chicos se acercaron y se sentaron en línea en la cama—. Hemos buscado en todos los sitios que marcó Byron en el mapa, incluso encontramos algunas cosas en el piso de tu padre, pero todo apunta a que son pistas impuestas por Patrick y que son totalmente falsas. Antes de pensar en si eran ciertas o no preferimos buscar en otros lugares a ver si... —la explicación del chico se vio interrumpida por la voz rota de la madre.

—¿Qué encontrasteis? —las manos de Sophie temblaban y se estaba conteniendo para no echarse a llorar.

—La blusa que llevaba el día que Patrick se la llevó, cubierta de sangre y una nota del mismo —Byron agachó la mirada al escuchar esas palabras. Aunque lo había visto con sus propios ojos, eso no hacía que doliese menos—. Estamos seguros de que Patrick o algún secuaz nos ha estado vigilando durante todo este tiempo ya que hemos recibido notas de él con amenazas. No sabemos cuántas personas tiene bajo su mando y no podemos hacer mucho si la policía no nos ayuda.

—¿Estáis seguros de lo que queréis hacer?—Sophie le cogió la mano a Christian y se la apretó con fuerza—. Sabéis que si vais ahora con todo esto a la policía os pueden inculpar por ocultar las cosas y no sé cuánto tiempo podríais estar en la cárcel —Sophie miró a los ojos a los chicos y vio la valentía en ellos—. No sé qué haría si te pierdo a ti también —Christian sonrió y abrazó con fuerza a la mujer.

—Estamos dispuestos a aceptar lo que nos venga si eso ayuda a que Lyla vuelva sana y salva.

Sophie no pudo evitar echarse a llorar al escuchar las palabras de Byron y sus gritos alertaron a los médicos que no tardaron en acudir preocupados. Les pidieron a los chicos que salieran de la habitación y le pusieron una leve sedación a Sophie para que la alteración no llegase a más.



## CAPÍTULO 12: Que empiece el juego.

Al día siguiente por la mañana, Byron y Christian fueron a visitar a Sophie para ver cómo estaba. Cuando entraron a la habitación se la encontraron preparando su bolsa, pero la detuvieron rápidamente.

—¿Qué estás haciendo? —Christian le quitó las cosas de las manos mientras estas temblaban y las dejó sobre la cama—. No puedes irte ahora, no estás recuperada.

—Lo superaré.

—Sophie, no puedes recuperarte de algo así en casa —dijo Byron mientras ayudaba a Christian a sentarla en la silla—. Debes seguir un cuidado médico y necesitas una atención que ninguno de nosotros puede darte.

—He llamado a la policía, van de camino a casa y quieren ver todas las pruebas —dijo Sophie mientras se levantaba y volvía a guardar sus pertenencias en su mochila—. Me han dado permiso para salir de aquí.

Las cosas habían cambiado y todos sabían que no volverían a ser los mismos si Lyla no volvía. Ayudaron a Sophie a recoger todo lo que había en esa habitación y volvieron al coche a toda prisa, no tenían más tiempo que perder.

Cuando llegaron al piso, vieron tres coches de policía estacionados frente a la portería. Los tres bajaron del coche y se dirigieron hacia ellos. Se enfrentarían a lo que hiciese falta para encontrar a Lyla.

Desde el momento en que los chicos y Sophie se bajaron aquel día del coche, todo había ido demasiado rápido. Los policías les hicieron entrar en el piso y allí se encontraron con las tres chicas, que esperaban nerviosas a que llegaran.

Hicieron preguntas, demasiadas preguntas y acabaron agotados al recordar todo lo que les había pasado. Los agentes no perdían ni un segundo e intentaban hacer aquello lo menos doloroso posible para no hacerle más daño a Sophie. Esta seguía tomando sus medicamentos pero no parecía que hubiese mejora.

Tras varios días declarando ante diferentes agentes y psicólogos, la pandilla pudo descansar un poco y Sophie les pidió que se quedasen con ella en casa para no sentirse tan sola. Christian, Byron y Kathe acordaron que se quedarían ya que sus padres no estaban presentes. Por otro lado, Anne y Beth tenían que regresar a su casa cada noche ya que los padres no tenían claro que sus hijas debiesen de estar tan implicadas en aquello.

La información y las pruebas que Byron y Christian dieron a los agentes les sirvieron para conocer un poco más a Patrick y su forma de actuar. La policía pidió en confianza a ambos chicos que les ayudasen en todo lo posible con la investigación ya que, aunque habían hecho mal, eran los que más sabían acerca de los lugares donde Patrick había estado viviendo o había actuado.

Acordaron que en unos días enviarían a un agente con el informe de los resultados del análisis de la sangre que habían encontrado en la blusa. No tenían más remedio que esperar hasta entonces para saber si la sangre era de Lyla y si había esperanza de encontrarla viva.

Mientras tanto, Christian y Byron acompañaban a la policía allí donde iban y les decían como se habían metido en los edificios y qué habían encontrado en cada lugar. Habían congeniado con los agentes con quien los habían enviado, aunque sabían que en cuanto encontrasen a Lyla podían pasar un tiempo encarcelados.

—Sabéis que ocultar pruebas es un delito penado y puede llevaros a la cárcel, ¿verdad? —les dijo el jefe de policía que manejaba la investigación.

—Lo sabemos —contestaron los chicos y aunque la idea les daba pavor, no podían demostrarlo—. Estábamos y estamos dispuestos a todo por encontrarla.

El jefe de policía, Rodrigo, sonrió orgulloso al escuchar a dos jóvenes tan entusiastas, valientes y decididos a darlo todo por alguien.

—Si conseguimos que os exculpen, estaría encantado de teneros como agentes en mi pelotón —les dijo el buen hombre con una gran sonrisa en sus labios que mostraba sus perfectos dientes.

Los chicos sonrieron agradecidos y siguieron dando indicaciones a los demás agentes en el momento en que decidieron adentrarse en el almacén abandonado. Les condujeron hasta el sótano que habían encontrado y les mostraron la tecnología que Patrick guardaba en el interior.

Tres días más tarde, el agente Pérez llamó a la puerta del piso que, ahora era de Sophie, ya que la policía encontró la escritura del mismo a su nombre mientras investigaban más escondites.

La sonrisa del hombre que había sido un gran amigo de Sophie cuando eran jóvenes alumbró el salón cuando este entró. La mujer le abrazó esperanzada y vio en sus ojos que todo iba bien. Le invitó a sentarse y este lo hizo, no sin antes agradecer la invitación.

El agente Pérez había pedido formar parte de la investigación cuando se enteró de que se trataba de la hija de Sophie, una niña que para él había sido como un rayo de Sol en un día totalmente gris cuando su hija falleció en un accidente. Él haría lo posible por encontrar a la hija de su gran amiga y por eso estaba allí. Además habían encontrado algo de suma importancia.

Kathe había preparado café minutos antes de que el agente llegase y le ofreció una taza que agradeció con un amable gesto de cabeza.

—¿Y bien, Lorenzo? —Sophie le miró y gesticuló una pequeña sonrisa mientras el hombre sacaba de su maletín los resultados de las pruebas.

—Los resultados confirman que la sangre de la blusa y la que hemos encontrado en el piso de tus padres no es de Lyla y no hemos encontrado nada que nos confirme que Patrick le ha hecho algún tipo de daño —Lorenzo le extendió los folios a Sophie y los chicos se aproximaron a leer lo que estos explicaban.

Todos se miraron entusiasmados, al fin podían respirar un poco de nuevo. Sophie siguió pasando folios pero no entendía nada de lo que estos explicaban, buscaba alguna señal que le indicase que su hija estaba viva aunque en el fondo sabía que esa respuesta no la encontraría en ese informe.

Los chicos se abrazaron unos a otros y se alegraron de tener una buena noticia al fin. Después de tanto tiempo de sufrimiento, cualquier cosa que les aproximase a Lyla les hacía sentir bien.

—Entonces, ¿de quién es toda esa sangre? —Sophie tenía miedo de que Patrick le hubiese hecho daño a otra persona para jugar al despiste con todos, nadie se merecía caer en las manos de ese hombre—. Había demasiada en el piso para que ese maldito no haya herido a alguien. ¿Y si le ha hecho daño a Sayer por estar con nosotros?

La mirada de la mujer pasó de ser alegre a angustiada de nuevo, si Patrick le había hecho daño a alguien más no se lo perdonaría nunca. ¿De quién podía ser la sangre y por qué había tanta cantidad?

—Es tu sangre.

—Te dije que Patrick estaba jugando con nosotros —le susurró Christian a Byron nada más escuchar la noticia.

Estaba claro que se podían esperar cualquier cosa de Patrick pero, ¿usar la

sangre de Sophie para fingir que era la de Lyla? Él sabía muy bien que si los chicos conseguían algún tipo de aparato con el que poder analizar aquella sangre, este no les diría de quien era exactamente. De esta forma, podía confundirles y que creyesen que la sangre era de Lyla ya que al ser madre e hija poseían el mismo ADN.

—¡Que empiece el juego entonces!—dijo Byron decidido.

## CAPÍTULO 13: Mueren justos por pecadores.

Leo acudió rápidamente al salón. Su amo le llamaba a voces desde allí. Parecía que había una nueva amenaza dentro de la casa donde estaban viviendo en ese momento. Cuando el bueno de Leo llegó al lugar de donde procedían los gritos, no pudo creer lo que veía; Patrick estaba atado a una silla. Había sido amordazado y atacado previamente.

Los ojos del hombre estaba hinchados y uno permanecía cerrado. De su labio inferior emanaba un fino hilo de sangre y estaba adquiriendo un tono morado. Leo ayudó a su amo a desatarse y este empezó a gritar como si no hubiese mañana.

—¡Esos miserables! —Patrick gritaba mientras se despojaba de las cuerdas que tenía alrededor de su cuerpo.

Agitaba los brazos señalando el destrozo en el que se había convertido su salón y miraba a Leo mientras pronunciaba palabras indescifrables. Cuando consiguió tranquilizarse un poco, se sentó en el suelo y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —se atrevió a preguntar Leo mientras guardaba las distancias con el hombre que tenía delante.

—Contraté a una mafia hace unos años para que me hicieran todo el trabajo sucio y les debo mucho dinero —Patrick miró a su alrededor y negó con la cabeza—. Demasiado dinero —se corrigió y miró a Leo con una mirada preocupada—. ¿Qué voy a hacer?

—Huir como has hecho siempre.

Las palabras de Leo le llegaron claras y sin rodeos, Patrick se levantó del suelo y salió del salón cerrando la puerta tras él de un portazo. Leo miró a su alrededor y negó con la cabeza, se dirigió hacia la puerta y al abrirla, esta se descolgó de las bisagras y cayó. El hombre chasqueó la lengua y se dirigió a la habitación de Sayer para alertarles sobre lo que estaba ocurriendo.

Al llegar a la habitación los chicos no estaban y por más que buscó dentro de la casa no los encontró, eso puso en alerta a Leo. No podía llamarlos ya que Patrick podría escuchar su conversación más tarde así que decidió que la mejor opción era salir a buscarlos.

Se dirigió al parque en el que habían estado hacía unas semanas y se desilusionó al no encontrar ni rastro de ellos. Siguió buscando por los

alrededores y al no encontrarlos pensó que habrían vuelto y se dirigió a casa.

De vuelta al lugar donde habían estado escondidos, sintió los pasos de alguien muy cercanos a él y supo al instante que lo estaban siguiendo. Decidió pasarse de largo cuando llegó al destino al que quería llegar para no poner en peligro a los chicos. Sabía que su vida podía llegar a su fin en cuestión de minutos.

Se dirigió hacia una calle poco transitada con mucho disimulo, intentando que no se dieran cuenta de que sabía que le estaban siguiendo. Los pasos cada vez se escuchaban más fuertes y supo que fuese quien fuese el que le perseguía, le estaba alcanzando.

Al llegar al final de la calle comprobó que no tenía salida y no pudo hacer otra cosa que girarse y encontrarse cara a cara con su perseguidor; era un hombre de tez blanca de unos cuarenta y seis años aproximadamente, tenía un cuerpo muy musculoso y las fracciones de la cara muy marcadas. Leo comprendió al instante que le estaba viendo la cara a la muerte y que ese hombre debía pertenecer a la mafia que Patrick le había mencionado hacía un rato.

El hombre sacó la mano de su bolsillo sujetando una pistola que, desde esa distancia, Leo no pudo identificar. Miró más allá del hombre y vio que desde la esquina Lyla observaba con los ojos llorosos y una expresión de auténtico pánico. Leo le sonrió a modo de disculpa en el momento en que su agresor presionó el gatillo de la pistola. La bala le dio justo en la frente y esta le atravesó el cráneo, provocando que Leo muriese al instante.

Lyla ahogó un grito de pánico en cuanto escuchó el disparo y se apartó de la esquina para evitar que el hombre que acababa de asesinar a Leo la viese. Sayer, que había salido en busca de su prima al no encontrarla en casa, llegó unos segundos después y al ver la cara de Lyla se asomó al callejón y vio la situación. El chico cogió a su prima de la mano y corrió con ella en dirección a un bar cercano.

La chica creía que el mundo se le iba a caer encima, no podía creer lo que había visto. Leo jamás había sido cruel ni había hecho nada malo para merecerse lo que le había pasado. Deseó poder haberle ayudado y protegido, pero el miedo le impidió llamarle o hacer algo al respecto.

Cuando llegaron al bar que habían estado buscando, ambos entraron y se sentaron en una mesa muy apartada, intentando que nadie les escuchase hablar de todo lo sucedido.

—¿Qué es lo que ha pasado? —preguntó Sayer angustiado mientras

pedía un vaso de agua y hacía lo posible por calmar a Lyla.

—Vi... Yo... Leo... —la voz de Lyla se entrecortaba cada vez que ella intentaba explicar lo sucedido. Su pecho subía y bajaba con rapidez mientras la chica intentaba no dejar de respirar.

—Tranquilízate, por favor —la camarera trajo el vaso de agua y Sayer se lo tendió a Lyla con tanta rapidez que el contenido casi se derrama—. No podemos volver a esa casa, alguien ha entrado esta mañana, ha destrozado el salón y ha amordazado a Patrick. Por eso he salido a buscarte al ver que no estabas, pensé que alguien te había hecho algo y no me lo perdonaría nunca.

En la cara de Lyla se dibujó una medio sonrisa de agradecimiento y miró con cariño a Sayer entendiendo entonces que su primo nunca había querido hacerle daño. Poco a poco se fue tranquilizando y se decidió a contarle a Sayer lo que había visto y como había llegado a verlo.

—Esta mañana decidí que saldría a dar una vuelta y no volvería a esa casa —Lyla suspiró mientras sus ojos se llenaban de lágrimas al recordar lo sucedido—. Iba caminando y vi a Leo de lejos así que decidí acercarme para ir con él pero vi que alguien le seguía. Los seguí a ambos y al ver que se pasaban la casa, comprendí que algo no iba bien —Lyla miró a su primo y se mordió el labio para no llorar. Sayer le tomó la mano y se la apretó con suavidad—. Entonces vi... Entonces vi que Leo entraba en un callejón y decidí asomarme para ver que estaba ocurriendo —las lágrimas le caían en tropel por las mejillas e intentó disimular para no llamar la atención de nadie—. De repente ese hombre sacó una pistola con un silenciador y disparó a Leo. Seguro que era alguien que pertenece a la mafia esa que dijisteis.

—La mafia a la que Patrick debe dinero... —Sayer miró a la mesa pensativo y entonces cayó en la cuenta de todo—. Por eso han destrozado esta mañana el salón y han acabado con Leo. Están intentando saldar su deuda.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros? ¡No podemos volver y no tenemos a donde ir! —Lyla se había puesto a gritar y Sayer tuvo que taponarle la boca con la mano.

—¡Shh! Iremos a la policía.

—Claro y les explicas todo lo que nos está pasando y que hemos visto un asesinato, te iban a entender a la perfección—dijo Lyla sarcástica, mientras se levantaba y se dirigía la barra a pedir algo para comer.

—Encontraré una solución, te lo debo.

Sayer miró a Lyla con convicción en el momento en que esta se sentó y juntos esperaron a que la camarera les trajese la comida para empezar a pensar con el estómago lleno. Debían planear algo rápido ahora que tenían la oportunidad de ser libres, no podían perder más tiempo.



## CAPÍTULO 14: La encontraremos.

La mañana del veinte de noviembre, la policía llamó al timbre con noticias que devolverían de nuevo la esperanza a Sophie y los chicos. El agente Pérez y uno de sus compañeros entraron al salón con una gran sonrisa dibujada en sus rostros, dejaron caer sobre la mesa la carpeta que contenía toda la información del caso e instaron a Sophie para que echase un vistazo a los documentos.

—Tenemos buenas noticias.

Byron y Christian, que acababan de llegar de comprar el desayuno, entraron justo en el momento en que Lorenzo pronunciaba las palabras que habían deseado oír durante más de dos meses. Se sentaron junto a Sophie y aguardaron impacientes a que el agente empezase a hablar.

—Gracias a lo que encontraste en los cajones de Marcus, pudimos seguir un rastro de tarjetas de crédito que nos condujo hasta la capital de Japón, Tokio —dijo Lorenzo mientras le mostraba a Sophie los folios que tenían que ir leyendo—. Pensamos que era imposible que Patrick se hubiese movido hasta allí sin ser visto pero entonces nos llegó información de la policía de allí anunciando que estaban investigando el asesinato de un residente español.

El corazón de Sophie se encogió al escuchar las últimas palabras de su amigo. Por mucho que lo intentó, no pudo evitar pensar en lo peor y miró con terror a Byron y a Christian que se habían puesto tensos. Si le había pasado algo a Lyla, no se lo perdonarían nunca.

—Investigando un poco más, hemos descubierto que una mafia a la que Patrick le debe dinero ha asesinado a Leo —informó rápidamente Lorenzo al notar las reacciones de los chicos—. No sé si lo sabíais pero era su secuaz y quien le seguía a todas partes.

Sophie soltó el aire que había estado conteniendo y relajó su cuerpo contra el sofá, dejando que su mente alejara las malas vibraciones que había sentido durante los meses de sufrimiento.

—Estamos seguros de que si Leo estaba en esa ciudad Lyla lo estará, así que vamos a enviar a los mejores agentes para que efectúen el rescate —Lorenzo posó la mano sobre la de Sophie y le sonrió mientras se la apretaba con suavidad—. Voy a ir con ellos y me aseguraré de que todo marche como hemos previsto.

Lágrimas rodaron por las mejillas de Sophie en el momento en que escuchó esas palabras. Se llevó la mano al pecho e intentó que su respiración volviese al ritmo normal. Christian abrazó a la mujer y esta le indicó a Byron que se acercara, así los tres se fundieron en un gran abrazo.

Momentos después, tras recibir un mensaje de Byron, las chicas aparecieron en el piso con los ojos cristalinos. Después de mucho tiempo, ya no lloraban por miedo a no volver a ver Lyla, lloraban por la emoción de saber que dentro de poco volverían a estar junto a ella.

—Entonces, ¿podéis asegurarme que Lyla está bien? —Sophie era consciente de que, por mucho que conociesen su paradero, Lyla podría no estar bien.

—Vamos a traer a tu pequeña sana y salva.

Al día siguiente, bien temprano por la mañana, Lorenzo y otros agentes cogieron el avión privado que el estado les ofrecía para estos casos y pusieron rumbo a Tokio, donde esperaban acabar con todo aquel infierno. Por mucho que Sophie había insistido en ir, Lorenzo le informó de que su superior no se lo permitiría ya que era una misión de rescate y podría no salir todo bien.

Tenían todo preparado; habían seguido en contacto con la policía de Tokio, quien les había informado de que habían encontrado el lugar donde Patrick había tenido encerrada a Lyla ya que habían encontrado sus pertenencias, pero por más que habían buscado no la habían encontrado a ella. Tampoco habían encontrado a Patrick y eso les hacía sospechar que era muy posible que este se hubiese movilizado de nuevo.

Después de más de dieciséis horas de vuelo, las cuales se hicieron eternas al encontrarse en una situación de vida o muerte, llegaron a una base privada que tenía la policía de la ciudad y algunos agentes les guiaron hasta el lugar donde habían encontrado las cosas de Lyla.

Una vez allí, decidieron dividirse en grupos de cinco agentes y entrar por diferentes lugares para sorprender a Patrick si se encontraba en aquel lugar. Tras más de veinte minutos explorando el lugar con mucha calma, la sorpresa se la llevaron ellos mismos; en medio de un gran salón, encontraron el cuerpo de Patrick colgado de una lámpara de araña. Se acercaron al cuerpo con mucho cuidado y, antes de tocarlo, llamaron al forense y a la policía científica para que se acercaran al lugar del crimen. Mientras esperaban,

observaron minuciosamente el cuerpo y se percataron de que este tenía dos grandes cortes; uno en la muñeca y otro en la carótida.

Cuando llegaron los refuerzos dictaminaron que la causa de la muerte había sido por la pérdida de sangre, cosa que los agentes ya habían imaginado.

—Le han hecho sufrir, ¿verdad? —preguntó Lorenzo mientras observaba como se llevaban el cuerpo.

—Le han colgado para que se desangre más rápido. Los lugares donde se manifiestan los cortes sangran mucho y lo hacen con rapidez— contestó el forense mientras escribía todos los datos en un folio—. No creemos que haya tardado más de cinco minutos en perder toda la sangre pero sí, seguro que ha sufrido.

—Se lo merecía.

Después de llevarse el cuerpo, los agentes se quedaron a registrar a fondo la casa por si encontraban algo más que les sirviese de ayuda. Registraron cada habitación mirando cada rincón y explorando cada escondite que descubrieron. Tras mucho buscar y no encontrar nada, se disponían a irse cuando escucharon unos ruidos que procedían de un sótano que no sabían que existía.

Siguiendo el sonido que escuchaban, llegaron a la cocina de la planta baja donde el ruido era más fuerte y persistente. Los ojos de dos agentes se centraron en una gran mesa de madera que estaba situada justo en el medio de la estancia. Haciendo un gran esfuerzo la apartaron y descubrieron una trampilla cerrada en el suelo de mármol.

Ambos policías sacaron sus armas y una linterna y se prepararon para abrir la puertecilla situada a sus pies. Al abrirla, el sonido se hizo conocido y se dieron cuenta de que dicho ruidos eran ladridos de perro.

—Parecen enfurecidos —comentó uno de los policías mientras alumbraba con la linterna hacia el interior del agujero—. Yo no pienso entrar ahí y no creo poder correr delante de ellos.

—No hace falta que entres ni que corras, están atados con cadenas de hierro —explicó el otro agente mientras asomaba la cabeza por la puerta y llamaba a los demás.

El agente Pérez hizo una llamada rápida y poco después aparecieron más refuerzos con jaulas. Como pudieron, metieron a los seis furiosos Pitbulls en ellas y se los llevaron en un furgón blindado por si alguien decidía reclamarlos por el camino.

Cuando por fin terminaron de registrar la casa, sin encontrar nada más que fuera importante, decidieron volver a la comisaría a seguir investigando para encontrar a Lyla lo antes posible. Con Patrick fuera de juego el trabajo se les facilitaba lo suficiente como para poder respirar con tranquilidad.

Mientras caminaban hacia el coche Lorenzo giró la cabeza en dirección a la calle de la derecha para evitar que algún coche le atropellara y no pudo creer lo que vio en ese mismo instante.

## **CAPITULO 15: Nadie volverá a hacerte daño.**

Lorenzo no podía creer lo que sus grandes ojos verdes estaban viendo en aquel momento; la sonrisa de Lyla iluminaba, sin duda, toda la calle y venía acompañada de un muchacho al que él no reconocía desde esa distancia. Sus impulsos no se lo pusieron fácil y corrió con esmero en la dirección en que la chica se intentaba abrir paso entre el gran barullo de gente.

Lyla notó que unos brazos musculados la cogían con fuerza y la levantaban en el aire. Al principio se asustó un poco pero empezó a reír en cuanto reconoció la colonia del individuo que la había sorprendido tan gratamente. Cuando la realidad golpeó a la muchacha, lágrimas empezaron a correr por sus mejillas y no dejaba de abrazar a quien le había salvado la vida.

—¿Cómo me has encontrado? —Lorenzo no tenía fuerzas para dejar de abrazar a la pequeña de su amiga, esa chica que había visto crecer en la distancia.

—Nunca te perdería de vista —el hombre besó con dulzura la frente de Lyla y le tomó la mano—. Tu madre ha estado viviendo un infierno, en cuanto tengamos oportunidad regresaremos.

—Necesito volver ya, Lorenzo.

—Primero has de acudir a la comisaria y explicar lo sucedido, detalle a detalle —recalcó mirando a Sayer, lo había reconocido en cuanto lo había tenido cerca—. En cuanto a ti muchacho, se te va a caer el pelo. Las autoridades japonesas quieren tomar represalias aunque estamos intentando que el caso se destine a Madrid.

Lyla suspiró y miró a su primo de reojo. A pesar de todo lo que había pasado por culpa de su irresponsabilidad, entendía la situación por la que había pasado el muchacho. Después de conocer a Patrick entendía perfectamente lo persuasivo que podía llegar a ser y que era mejor hacer lo que decía y cuando lo decía.

Cuando llegaron a la comisaria Lyla tenía miedo, sabía que tenía que reproducir todo lo vivido y era algo que no quería volver a recordar nunca. En el momento en que la separaron de Sayer sintió que estaba desprotegida de nuevo y su cuerpo empezó a temblar. La condujeron por un amplio pasillo hasta llegar a una pequeña sala donde solo había una mesa con dos sillas, una frente a la otra, y una cámara con una luz roja parpadeante.

El agente Lorenzo pidió a la joven que tomase asiento y con una sonrisa amable en su rostro abandonó la sala. Dos minutos después, los cuales a Lyla le parecieron una eternidad, un agente japonés entró en la sala acompañado de Lorenzo. El policía se sentó frente a ella mientras Lorenzo permaneció en pie y la miró con compasión en los ojos. Era obvio que todos entendían su situación.

—Soy el agente Kazuo. Entiendo que esto puede ser muy difícil, pero tienes que hacerlo para poder cerrar el caso del todo —el agente sorprendió a Lyla cuando habló con un castellano perfecto y parpadeo varias veces al escuchar la última frase.

—¿Del todo? —la voz de Lyla sonó escandalizada y notó como sus manos empezaban a temblar—. Eso quiere decir qué... ¿No habéis encontrado a Patrick?

—Le hemos encontrado —contestó el agente Lorenzo antes de que Kazuo pudiese hacerlo—. Estaba desangrado en el salón de la casa abandonada donde te retenía y necesitamos averiguar quién ha sido y si podrían ir a por vosotros.

—Patrick está... Está... —la voz de la chica tembló y notó como sus ojos se humedecían, no por pena sino por el alivio que suponía el hecho de tener a Patrick fuera de juego—. ¿Está muerto?

—Así es, nadie volverá a hacerte daño —Lorenzo la miró pensativo, no sabía cómo contarle que Marcus era un secuaz de Patrick desde hacía años—. Hay algo que debes saber y aceptarlo por mucho que duela —Lyla se puso tensa y se acomodó en la silla, mirando fijamente a Kazuo y a Lorenzo.

—Podré soportarlo.

—Sophie, tu madre, descubrió unas cartas de Marcus. Él fue quien envió aquella carta que hizo que asesinaran a tu amigo Nick, pero eso no es todo —Lyla sintió como si le acabaran de golpear el estómago con una barra de metal, no podía creer lo que le estaba pasando. Si creía que había tenido suficiente con el secuestro, se había equivocado por completo—. Marcus ha tenido informado a Patrick durante años y fue quien le ayudó a sacarte del país sin ser vistos.

—¿Dónde está él ahora? —la voz de Lyla era fría y un pequeño hilo de sangre emanaba de su labio, allí donde se había estado mordiendo para no empezar a soltar groserías.

—No hemos podido encontrarle pero creemos que si Patrick ha muerto, es muy probable que él también lo esté.

Lyla no podía sentir más odio en ese momento. Era una sensación extraña; notaba como si algo le estuviese aprisionando el pecho. Los ojos le escocían pero no salían lágrimas de ellos. Su corazón latía con fuerza y furia y un calor asfixiante le subía de los pies a la cabeza provocándole nauseas.

Las dos horas siguientes fueron un infierno para Lyla. Tuvo que relatar parte por parte todo lo que había sucedido desde el momento en que ella despertó del coma. Gritó, lloró y pataleo como una niña indefensa mientras recordaba cada detalle de los últimos meses. El policía había dicho que nadie volvería a hacerle daño y ella rezaba porque tuviese razón.

Cuando Lyla salió de la sala lo primero que hizo fue correr, abrazar a Sayer y echarse a llorar. Parecía que todo había pasado y ellos volverían a ser felices de nuevo, por mucho que les costase enderezar sus vidas y olvidar lo sucedido.

—Todo irá bien —le susurró Sayer al oído mientras le acariciaba el pelo con mucho cariño.

Lyla empezó a contarle todo lo que había pasado en la sala y descubrió que Sayer no tenía ni la menor idea de que Marcus estaba metido en todos los actos de Patrick.

Minutos después apareció Lorenzo con una sonrisa de oreja a oreja y se puso de cuchillas frente a los chicos, que habían optado por sentarse en unas sillas de plástico que había en un tipo de sala de espera.

—Traigo buenas noticias, mañana volvemos a casa.

Lyla no pudo evitar gritar y levantarse de la silla saltando de la emoción. Abrazó a Lorenzo con fuerza y sus ojos empezaron a humedecerse de nuevo. No podía creer que después de más de dos meses de cautiverio volviera a casa con su familia.

Después de que Lorenzo se despidiera de sus compañeros y recogiera sus pertenencias, los tres se dirigieron a un pequeño cuartel que la policía de Tokio les había ofrecido para dormir los días que durase el rescate de la chica. Lyla se sentía como pez fuera del agua rodeada de tanto hombre, pero estaba feliz y volvía a sonreír después de haber llorado durante tanto tiempo.

Ya no tenía miedo. Sabía que a partir de ahora todo iría bien a pesar de que fuese difícil olvidar lo sucedido. Tenía que intentar alejar los malos pensamientos y los recuerdos de aquel lugar y empezar a tomarse la vida de una forma muy distinta.

La chica se acostó en una pequeña cama plegable que le habían asignado y se pasó gran parte de la noche mirando al techo pensativa. ¿Qué dirían todos

cuándo la vieran? Quizás habían perdido la esperanza de encontrarla y habían rehecho sus vidas. Temiendo que ese pensamiento fuese cierto, cerró los ojos poco a poco hasta quedarse completamente dormida.

Muy temprano por la mañana, los agentes de Tokio acompañaron a sus compañeros españoles y a los chicos hasta el avión privado que les habían preparado para su regreso a España. Aunque Lyla no había podido dormir lo suficiente, estaba reluciente; sus ojos brillaban alegres y una gran sonrisa le cubría toda la cara.

Lyla subió al avión con mucha ilusión, olvidando por completo el miedo que tenía a volar, y se sentó frente a una pequeña mesa donde parecía que los agentes comían, jugaban y planeaban durante el vuelo.

Saber que pronto volvería a notar el calor de su madre, estar entre los brazos de Byron, aguantar las tonterías de Christian, no dejar de escuchar la voz de Anne hablando atropelladamente y percibir que Beth y Kathe no la dejarían llorar nunca más, hacía que se sintiera la chica más afortunada del mundo.

El trayecto se hizo eterno. Dieciséis horas de vuelo era demasiado para Lyla y su miedo a las alturas, pero lo había superado con creces. Cuando empezó a visualizar el suelo sonrió al cielo agradeciendo seguir entera después de haber estado más de medio día en lo que ella llamaba “máquinas del infierno”.

Al bajar del avión pasó algo que ninguno esperaba; una masa de reporteros se abalanzaron sobre ellos, les bombardearon a preguntas y les empezaron a sacar fotografías. Sayer tomó a su prima del brazo y Lorenzo se puso delante de ellos para alejar a todo el gentío.

Lyla caminaba con la cabeza gacha para evitar ser fotografiada y cuando decidió levantar la cabeza, sonrió al ver quién se encontraba entre toda esa masa de gente.



## CAPÍTULO 16: Al fin en casa.

Lyla se soltó del brazo de su primo y esquivó a los guardias que intentaron detenerla. Cuando Lorenzo se dio cuenta de que la chica había empezado a correr ya era demasiado tarde. Esta corrió con todas sus fuerzas, sorteó a toda la gente que gritaba su nombre y se lanzó sobre los brazos de la persona que había estado deseando ver desde que se había subido al avión; Byron.

El chico la abrazó con todas sus fuerzas y apoyó la cabeza en el hombro de la chica cuando la alzó con sus fuertes brazo. Lágrimas mojaron la ropa de Lyla y ambos empezaron a reír cuando se encontraron llorando el uno por el otro.

Byron la besó con suavidad; no fue un beso voraz como quien lleva tiempo deseando hacerlo, sino un beso dulce y lento como aquel que ha deseado con todas sus fuerzas volverla a ver sana y salva. Lyla sonrió contra los labios de su chico y se separó de él cuando Lorenzo y los demás llegaron a su lado.

Ver a Sayer provocó que Byron se separase de Lyla y se lanzase a su cuello pero Lyla le detuvo. Insistió en que se lo explicaría todo más tarde ya que en ese momento lo que quería era volver a casa y reencontrarse con los demás.

Cuando consiguieron salir del aeropuerto, tras más de quince minutos esquivando a la gente y contestando todas las preguntas que podían responder, Lyla vio a Christian apoyado en su coche. Sonrió ampliamente y abrió los brazos para recibir a la chica que venía corriendo como una bala en su dirección.

Todos sus miedos habían desaparecido. Sabía con seguridad que nadie había renunciado a ella y que habían soñado con que volviese tanto como ella había soñado con volver.

—Vamos, todos te están esperando —la voz de Byron sonó feliz detrás de ella, Lyla se giró y asintió entusiasmada.

Lorenzo escoltó el coche de Christian con un coche oficial hasta casa de Sophie. Lyla convenció a los chicos para que Sayer pudiese ir con ellos en el coche para hablar de todo lo sucedido con calma. La tensión que se había acumulado dentro del coche podía cortarse con un cuchillo y Lyla no sabía muy bien qué hacer para solucionar las cosas cuanto antes.

Tenía la esperanza de que Sophie contribuyese en su plan de aceptar a Sayer en la familia y dejar que viviese con ellas pero, si su madre no pensaba como ella, no tendría nada que hacer por su primo.

Lyla no se dio cuenta de cuándo llegaron a casa ya que estaba sumida en sus

pensamientos. Nada más abrir la puerta escuchó fuertes gritos y supo que Anne estaba allí. Cuando alzó la vista y cerró la puerta tras ella vio a sus tres chicas plantadas a dos metros de ella, sin saber muy bien que hacer o que decir.

La chica soltó un grito de alegría y las demás se unieron a ella. Pronto estuvieron las cuatro abrazadas y saltaban con mucho entusiasmo. Una vez se hubieron separado, Lyla miró más allá y vio a su madre apoyada en el marco de la puerta principal del edificio. La chica no recordaba haber visto nunca a su madre tan mal y el alma se le cayó a los pies. No podía imaginar el infierno que debía de haber pasado.

Se acercó a ella con inquietud ya que Sophie no mostraba ninguna emoción en su rostro. Se había quedado en estado de shock al ver a su hija después de tanto tiempo. Poco después, cuando Lyla ya estaba plantada frente a ella, la mujer rompió en llanto y abrazó a su hija con todas sus fuerzas.

—¡No sabes cuánto te he echado de menos!—Sophie besó la frente de su hija con dulzura y sonrió de nuevo después de mucho tiempo.

—Al fin en casa.

La mujer sonrió alegre de volver a tener a su hija junto a ella. Después de haber sufrido durante tanto tiempo, ahora sabía que con Patrick fuera de juego todo volvería a ir bien. Cuando los demás chicos se disponían a entrar en el piso, un compañero del agente Lorenzo se acercó a Sayer y se dispuso a esposarlo colocándole los brazos a la espalda.

—¡No! —Lyla corrió hacia donde se encontraba su primo e intentó separarlo del agente—. Él no ha tenido la culpa. Patrick lo tenía amenazado. Obedecía para no morir en manos de un psicópata —Lyla cogió a su primo de la mano y estiró de él para ponerlo tras ella y así protegerlo—. Leo y él tenían un plan para sacarme de allí desde un primer momento, las cosas no salieron bien y no se pudo llevar a cabo, pero ellos querían traerme de vuelta.

Sayer tenía los ojos rojos e impregnados en lágrimas a punto de resbalar por sus mejillas. Apretó la mano de Lyla con fuerza cuando esta se puso entre él y el policía. Tenía miedo y no quería acabar en la cárcel por un error que había cometido por miedo a desobedecer a su tío. Sophie se acercó a ellos y se dirigió directamente al agente cuando empezó a hablar con voz clara y de forma concisa.

—No vais a llevaros a un chico que apenas ha cumplido los dieciocho años por cometer un error. Muy a mi pesar conocía a Patrick lo suficiente como para asegurar que ha debido de tener a mi sobrino amenazado desde que sus

padres murieron —Sophie miró a Sayer y le tendió la mano para que se la cogiera—. Es cierto que ha hecho mucho daño pero no ha sido por puro gusto, ha sido por la necesidad que tenía de seguir vivo. Es mi familia y si tienes que culparle de algo, culpale de querer vivir.

El agente miró a Lorenzo y este se limitó a encogerse de hombros con una gran sonrisa en su rostro. Asintió en dirección a los chicos a modo de despedida y se dirigió al coche con el resto de sus compañeros.

Una vez el coche había desaparecido en la lejanía de la carretera, Sayer abrazó a su tía y empezó a llorar. Había estado conteniendo demasiado tiempo lo que sentía y al final había explotado. Sophie le abrazó con fuerza y acarició su pelo como cuando un niño pequeño necesita todo el cariño de su madre tras hacerse daño.

Los días pasaron y Sophie había mejorado mucho tanto física como psicológicamente desde que Lyla volvió a estar a su lado. Por mucho que los médicos aconsejaron que Lyla y Sayer debían ir a un psicólogo para que los tratase después de lo sucedido, ellos se negaron alegando que querían llevar una vida totalmente alejada de lo sucedido.

Durante más de una semana el edificio estuvo rodeado de reporteros de todos los canales habidos y por haber. Querían entrevistar a Lyla y saber que había sentido durante los meses de cautiverio, pero Lyla no quería saber nada más de eso. Después de varios días insistiendo sin obtener resultado, los periodistas se cansaron de esperar una noticia que no iba a obtener y abandonaron el lugar.

Sayer había decidido que no quería molestar y con el dinero que había obtenido cuando sus padres murieron, alquiló un piso cerca de donde vivía su prima para no volver a estar alejado de ella. Iba a visitarla cada día y muchas veces llevaba el desayuno a Sophie y a Lyla para agradecer todo lo que habían hecho por él.

Por otro lado Byron y Christian fueron acusados de encubrir un crimen, investigar por ellos mismos y ocultar la información. Gracias a su declaración, Lorenzo ayudó con la declaración y consiguieron que la fianza no fuese demasiado elevada. Días después de que se realizase el juicio y los chicos fueran destinados a un calabozo hasta que fuera pagada la fianza, Sophie estaba desmontando el cuarto de Marcus para deshacerse de él y

encontró una bolsa llena de dinero.

La mujer decidió usar parte del dinero encontrado en sacar a Byron y Christian de la cárcel, aunque eso no evitaba que tuviesen que realizar trabajos comunitarios. Lyla pensaba que era gracioso ver como los chicos limpiaban el parque con unos monos de color naranja chillón y se dirigía todos los días al parque para verlos trabajar.

Los meses fueron pasando y ya se encontraban a final de carrera y pronto sería la graduación, pero por mucho que pasase el tiempo Lyla no podía olvidar lo sucedido y había empezado a tener pesadillas por la noche. Se despertaba de madrugada empapada en sudor y llorando. Intentaba no despertar a su madre y se levantaba para dirigirse al lavabo a lavarse la cara. Pensó que con el tiempo ese miedo irracional a volver a vivir aquella situación desaparecería, pero no era tan sencillo.

## CAPÍTULO 17: La vida no volverá a ser fácil.

Lyla se despertó gritando esa última noche empapada en sudor y lágrimas. Sophie acudió a la habitación un segundo después de escuchar el espantoso grito de Lyla y se encontró con una chica totalmente asustada e indefensa. La mujer sentó con ella en la cama e intentó tranquilizarla susurrándole que todo había pasado.

—La vida no volverá a ser fácil princesa, pero tenemos que superar esto poco a poco.

Esa noche, Sophie decidió dormir con su hija para evitar que sintiese miedo y pudiese descansar de una vez por todas ya que al día siguiente empezaba un nuevo ciclo al terminar la universidad y con ello esperaba que empezase de nuevo a vivir.

A la mañana siguiente, Lyla se encontraba plantada frente al espejo mientras se aplicaba un toque de corrector en las ojeras. No había conseguido pegar ojo en toda la noche. Cuando terminó de arreglarse, miró su reflejo y suspiró al comprender que ese día era el penúltimo de su antigua vida, se graduaría al día siguiente y dejaría atrás su adolescencia.

—Todo va a salir bien.

Abandonó el edificio minutos después y se encontró con Byron y Sayer esperando en las escaleras de la entrada principal. El director había citado a todos los alumnos del último curso para que ayudasen a decorar el gimnasio donde se llevaría a cabo el baile de graduación al día siguiente por la noche.

Aunque ya habían pasado casi tres años de lo sucedido con Patrick la gente aún le paraba por la calle para preguntarle y eso la atormentaba. Por suerte siempre que pasaba iba acompañada y podían deshacerse de los fisgones con facilidad.

—¡Ehhhhhhh! —el grito de Anne se escuchó claro cuando Lyla, Sayer y Byron cruzaban la puerta principal de la universidad. Los tres se giraron y la vieron corriendo en su dirección—. ¡Esperadme! —Lyla empezó a reír cuando vio que Anne iba tropezando con sus propios pies por querer llegar lo antes posible.

—No te has matado de milagro —apuntó Sayer mientras reía a carcajada limpia.

—Muy hábil, no me había dado cuenta —Anne le pegó un golpe seco en el hombro y el chico inmediatamente se llevó la mano ahí fingiendo dolor.

—¿Vais a madurar algún día? —preguntó Byron mientras tomaba a Lyla de la mano y sonreía.

—¡Jamás! —respondieron Anne y Sayer al unísono con una voz totalmente infantil. Byron negó con la cabeza mientras reía por lo bajo y se dirigió con Lyla hasta el interior del gran edificio.

Una vez dentro los chicos siguieron a la gran masa de gente que caminaba hacia el gimnasio y una vez se encontraron dentro se pusieron manos a la obra. El director había pedido algo sencillo pero a la vez llamativo y los alumnos miraban confundidos el recinto mientras pensaban que podían hacer con esas indicaciones y los recursos que tenían.

Lyla empezó a reír cuando vio a Kathe con una libreta mientras Christian la seguía cargando una gran caja llena de diferentes elementos decorativos. Kathe se había ofrecido voluntaria para organizar a los alumnos y que no hubiese problemas respecto a quien hacía cada cosa. Cuando Christian pasó por delante de los chicos, los miró con ojos de cordero degollado.

—Ayudadme por favor —les pidió en voz baja mientras se alejaba de ellos siguiendo las indicaciones de Kathe.

Todos empezaron a reír al observar como Kathe le ordenaba a Christian todo lo que tenía que hacer y decidieron empezar a inflar globos para contribuir en algo. Poco después apareció Beth con diferentes trajes y vestidos protegidos de los fisgones en unas bolsas especiales para la ropa.

—Bueno chicos, tengo una buena noticia —Beth dejó los vestidos sobre la caja donde estaban guardando los globos y en ese momento aparecieron Kathe y Christian—. Dado que no habéis tenido la decencia de ir a comprar ropa nueva para mañana, yo misma he confeccionado nuestros modelitos de mañana.

Beth había decidido no abandonar los estudios y seguir con la carrera de Educación Infantil pero decidió que al mismo tiempo un curso online de confección. La ropa para ella era algo más que un harapo que cubre el cuerpo de las personas. Lo veía como un arte y se le daba bastante bien diseñar y confeccionar lo que se propusiera.

Anne alargó la mano para coger la bolsa marcada con su nombre y antes de que pudiera rozarla, Beth le dio un golpe sobre el dorso. La chica se encogió

de hombros y retiró la mano fingiendo que sentía miedo por la amenaza muda que Beth le estaba transmitiendo con una mirada.

El día pasó entre risas mientras conseguían decorar con éxito todo el gimnasio al gusto del director. Cuando todos los alumnos salieron de la sala se encontraron con el campo de fútbol de la universidad completamente cambiado; había sillas situadas frente a un escenario decorado con rosas blancas y azules y las gradas habían sido retiradas para montar una gran pantalla donde se irían reproduciendo diferentes fotografías de los alumnos de último curso.

Después de salir de la universidad, comprobaron que tan solo eran las ocho de la tarde y decidieron irse los siete a cenar a casa de Lyla para pasar el rato con Sophie ya que hacía tiempo que no la veían con el tema de los exámenes finales.

La pandilla comprobó con gran alegría que Sophie volvía a estar resplandeciente y sonreía de nuevo. Esta les anunció que había pensado enseñarle al mundo su talento y había decidido escribir su primer libro. Pasaron la noche entre risas y celebraciones y cuando comprobaron que eran más de las dos de la mañana decidieron irse cada uno a su casa a descansar y estar preparados para el día siguiente.

Lyla por primera vez en mucho tiempo se levantó con una gran sonrisa en su rostro y ningún rastro de no haber descansado. Se hizo un moño alto en el pelo una vez había salido de la cama y se dirigió a la cocina para prepararse el desayuno. Sophie se encontraba sentada en una pequeña mesa situada en una esquina de la cocina tomándose el café y sonrió cuando vio a su hija entrar tan alegre a la cocina.

—Buenas días cielo. Beth te ha traído el vestido para esta tarde, me ha dado órdenes estrictas de que nadie puede verte con él hasta que todos estéis en la universidad —le anunció Sophie entre risas—. Así que te llevaré yo hasta allí para que no os encontréis por el camino.

—Está bien —Lyla se agachó para darle un beso a su madre en la mejilla y se dispuso a prepararse unas tostadas.

—Me ha dicho que no te asustes, ha elegido una temática para ir todos igual al baile.

—A saber que ha hecho —Lyla negó y se sentó en la mesa frente a su madre

para desayunar tranquila. La hora se echaría pronto encima.

A las cuatro de la tarde Lyla ya se había duchado, peinado y maquillado y solo quedaba ponerse el vestido que Beth había creado exclusivamente para ella. Lyla cogió la bolsa que contenía el vestido y la estiró sobre la cama, bajó la cremallera y una lágrima le cayó al verlo; era precioso. Se lo puso con mucho cuidado de no arrugarlo ni mancharlo con el maquillaje y se sorprendió al mirarse en el espejo; era el típico vestido sencillo de novia que se ponía una chica en su día porque no le gustaban los trajes ostentosos. Era un vestido blanco palabra de honor con pequeñas piedras brillantes cubriendo el busto, el resto caía en cascada creando diferentes escalas. Lo acompañó de unos zapatos con plataforma blancos que se había comprado meses antes dado que pensó que el blanco pegaba con todo.

Mientras seguía mirándose al espejo para acabar de arreglarse, supuso que Beth había decidido reproducir una ceremonia. Encogió los hombros y se puso los zapatos.

Una vez estuvo lista se dispuso a salir de la habitación y se encontró con los azules ojos de Christian que la miraba con una gran sonrisa cargada de orgullo. Iba vestido con un traje blanco acompañado de una camisa color esmeralda y una corbata un poco más oscura.

—¿No se suponía qué no podíamos vernos? —preguntó Lyla entre risas mientras se acercaba a abrazar a su mejor amigo.

—Beth me dio permiso y me pidió que te trajera esto —de un estuche, Christian sacó un ramo de novia a escala pequeña y se lo puso en la muñeca con mucha delicadeza.

—Cualquiera diría que voy a casarme hoy —Lyla rompió en una carcajada pero dejó de reír cuando ni Christian ni su madre lo hacían.

Después de unos minutos de incómodo silencio, ambos se despidieron de Sophie y se dirigieron al coche de Christian. Este condujo con nerviosismo hasta llegar a la universidad y cuando se bajaron del coche se encontraron con las chicas sonriendo entusiasmadas.

—Estás preciosa —le dijo Beth a Lyla mientras la abrazaba y entonces la chica se fijó en sus vestidos.

—¿Por qué vosotras vais iguales? —miró a las tres chicas que llevaban un vestido largo de color azul celeste con un solo tirante.



—Hoy te toca ser especial a ti —dijo Sayer mientras aparecía desde detrás de las chicas y tomaba la mano de su prima. Este llevaba el mismo traje que Christian, cambiando únicamente la corbata que era de un tono un poco más claro y los zapatos.

Lyla se agarró del brazo de su primo y se cogió el vestido para no pisarlo mientras caminaban hacia el lugar donde debían sentarse los alumnos de último curso. La chica localizó a su madre y a Lorenzo sentados en primera fila y tomados de la mano. Unos meses después de que Lyla regresara, Lorenzo le pidió matrimonio a su madre y se iban a casar ese mismo verano. Por mucho que buscó, Lyla no localizó a Byron y empezó a preocuparse. Justo cuando iba a preguntarles a los demás si sabían algo de él, este apareció sobre el escenario vestido con un traje negro y una camisa blanca. Miró a Lyla con una gran sonrisa y antes de que esta se preguntase que estaba pasando, los demás ya la habían empujado arriba del escenario.

## CAPÍTULO 18: Para toda la vida.

De un momento a otro, Lyla se encontró plantada frente a Byron y los demás se habían situado detrás de ella. Cuando Byron la tomó de las manos notó el nerviosismo del chico, estas le temblaban y una gota de sudor le corría desde la sien hasta el cuello.

Byron miraba con nerviosismo a sus amigos mientras le incitaban a empezar a hablar y cuando por fin se decidió, tragó saliva y comenzó a hacerlo intentando no sonar nervioso.

—Lyla. Desde el momento en que te conocí supe que estábamos hechos el uno para el otro y hemos demostrado que nada ni nadie puede separarnos haga lo que haga. Llevamos saliendo cerca de cuatro años y aunque sé que somos demasiado jóvenes, no puedo esperar a que esto ocurra —Byron, sin soltarle las manos a Lyla, se arrodilló frente ella y la miró fijamente a los ojos—. Tú me hiciste darme cuenta de que podía ser mejor y sé que todavía puedo mejorar más y sobretodo sé que puedo hacerlo por y gracias a ti. Quizás me he vuelto loco y esto es una locura, pero si lo es, quiero que sea nuestra locura —el chico suspiró nervioso y del bolsillo del pantalón sacó una pequeña caja de color blanco—. Lyla Hale, ¿quieres casarte conmigo?

Durante todo el discurso de Byron, Lyla había estado conteniendo las lágrimas pero en ese momento no pudo hacerlo más y rompió a llorar mientras sonreía. Todos a su alrededor miraban expectantes a la pareja mientras se secaban las lágrimas con pañuelos que habían tenido que irse pidiendo unos a otros.

Byron miró con impaciencia a Lyla y empezó a temer porque la respuesta no llegara nunca. Lyla empezó a asentir rápidamente y se lanzó a los brazos de su chico. Byron reaccionó a levantarse antes de tiempo y evitó que cayeran al suelo. Todos empezaron a aplaudir y a vitorear a la pareja mientras ellos se fundían en un romántico beso.

Cuando Lyla se separó de Byron, este le puso en el dedo un anillo de oro con un pequeño brillante en el centro y ambos se abrazaron con fuerza. Una vez todos hubieron felicitado a la pareja y se hallaron sentados en sus respectivos asientos, el director empezó con la graduación.

Tras más de una hora hablando de los valores de la universidad y de las buenas personas que habían salido ese curso, se echó a llorar y dejó a la

subdirectora que dictase por orden alfabético los nombres de los alumnos que iban a obtener el título universitario ese mismo día.

Una vez que todos los graduados tenían su diploma, el director los condujo hacia el gimnasio para celebrar comiendo, bebiendo y bailando que los alumnos ya podían dar el paso al mundo laboral y trabajar en aquello que ellos mismos habían escogido.

Sophie corrió a abrazar a su pequeña en cuanto la vio y se echó a llorar al entender que ya no era tan pequeña y que pronto levantaría el vuelo. Lorenzo abrazó a Lyla y a Byron con mucho cariño y les felicitó por el camino que iban a emprender juntos. Una vez se despidieron de ellos para seguir disfrutando con sus compañeros, Sophie observó a su hija de lejos y sonrió mientras veía la gran mujer en que se había convertido.

La noche pasó rápida y sobre las siete de la mañana la universidad se cerró y todos volvieron a casa andando ya que decidieron que era mala idea coger los coches después de haber bebido. Las chicas se habían quitado los zapatos para poder caminar un poco más y Byron llevaba a Lyla subida a su espalda. Todos iban riendo y jugando de camino a casa y desearon con todas sus fuerzas que esa amistad no se rompiese nunca.

Dos meses después los siete se encontraban de vacaciones en Canarias, debido a que Sophie y Lorenzo les habían invitado mientras ellos pasaban la luna de miel en Cuba. Christian siguió el ejemplo de su gran amigo y le pidió matrimonio a Kathe. Pasaron una semana entre celebraciones y alegrías. Después de haber sufrido tanto tenían que disfrutar todo el tiempo que pudieran.

Cuando volvieron a Madrid, Sophie y Lorenzo les sorprendieron con una gran e inesperada noticia; estaban esperando un bebé. Ese día Lyla se sintió la chica más afortunada del mundo por tener cerca a todas las personas que quería y entonces la tristeza inundó de nuevo su corazón. Había alguien que faltaba en esos momentos de alegría y decidió que no iba a dejar que fuese menos.

De camino al cementerio paró por una floristería y compró un gran ramo de rosas para adornar el lugar donde Nick llevaba casi cinco años descansando. Cuando aparco el coche y se dirigió a la lápida de su amigo, no pudo evitar sonreír al ver la foto que los padres del chico habían dejado como decoración;

aparecían los ocho, incluyendo a Sayer y reían mientras caminaban alegremente de vuelta de la universidad el último día que vieron a Nick.

Lyla se agachó y dejó el ramo de rosas sobre la tierra húmeda que cubría el ataúd donde descansaba su gran amigo. Recordó todo lo vivido con él y ríe y lloró mientras hablaba con él. Cualquiera que pasara por allí podría pensar que estaba loca, pero ella se sentía cerca de él cuando iba a verlo.

Le narró con todo detalle su pérdida de mano el día de la graduación y le explicó que le habría gustado que estuviese con ella para acompañarla al altar. También le contó todo lo sucedido hasta el momento y lloró y gritó mientras se desahogaba relatándole el miedo que había pasado.

Cuando quiso darse cuenta del tiempo que llevaba allí hablando con Nick, el Sol se había marchado y la noche había despertado llena de estrellas. Decidió despedirse de él y le prometió que seguiría visitándole y contándole todo lo que pasara en su pandilla y a su alrededor.

En el momento en que se levantó del suelo y se disponía a dirigirse de vuelta al coche, una estrella fugaz surcó el cielo y lo llenó con su luz. Lyla cerró los ojos y pidió que tanto ella como sus seres queridos no dejaran nunca de ser felices.

Al llegar a casa entró directamente en su habitación y se acostó en la cama. Pasó gran parte de la noche mirando al techo pensativa y recordando todos los buenos momentos que había tenido la suerte de vivir. Esa noche se durmió con una gran sonrisa en sus labios y no despertó hasta que Sayer llamó a su puerta el día siguiente.

Este se sentó al borde de la cama y miró con una sonrisa divertida cómo su prima se desperezaba y se escandalizaba al comprobar que no eran más que las ocho de la mañana. Sayer ríe a grandes carcajadas cuando Lyla cogió un cojín y le dio con este en la cara a su primo.

—¿Pero en qué estabas pensando? Son las ocho menos cuarto de la mañana —dijo Lyla mientras se tapaba la cara con la almohada.

—Tengo que contarte algo importante —dijo Sayer y entonces Lyla se sentó, esperando a que su primo hablase—. No... No sé... —Lyla acarició la espalda de su primo para transmitirle la fuerza que necesitaba, este suspiró y se decidió a hablar—. No sé cómo pedirle a Anne que salga conmigo, sabes que llevo mucho tiempo enamorado de ella pero en cambio ella nunca ha mostrado que sienta lo mismo.

—Invítala a cenar y pídeselo sin más —Lyla sonrió a su primo y le abrazó con fuerza—. Seguro que dice que sí, siempre está hablando de ti.

Sayer asintió decidido y se quitó los zapatos para tumbarse con Lyla en la cama. Ambos quedaron pegados el uno al otro mientras miraban el techo como habían hecho tantas veces cuando eran pequeños.

Al parecer la vida había dado un cambio inesperado pero muy deseado y les había otorgado a todos la vida y la felicidad que siempre habían merecido. Lyla no podía estar más agradecida de seguir al lado de aquellos a quienes más quería y los ojos se le fueron cerrando poco a poco de nuevo sumiéndose en un profundo sueño de nuevo.

## CAPÍTULO 19: Sí, quiero.

Nueve meses después, y gracias al consejo de su prima, Sayer y Anne paseaban juntos de la mano mientras se dirigían al hospital donde Sophie estaba a punto de dar a luz. Lyla estaba emocionada, aunque aún no podía creer que, después de tantos años soñando con tener un hermano, ahora fuese a darse el caso. Sophie le había pedido a su hija que le acompañase al paritorio y los médicos aceptaron cuando vieron que Lorenzo era el padre. A veces ser policía tenía sus ventajas.

Tras dos horas de parto los chicos esperaban ansiosos en la sala de espera cuando Lyla salió con una preciosa niña envuelta en una toalla y todavía manchada con sangre. La chica anunció que se llamaría Esmeralda y todos quisieron saludar al nuevo miembro de la gran familia que habían formado.

## DOS AÑOS DESPUÉS.

Lyla se encontraba en la habitación del hotel que le había sido asignada sentada delante del tocador con los ojos cerrados mientras Beth la peinaba y la maquillaba con mucha paciencia. Había llegado el día que tanto había esperado y los nervios la hacían sudar, provocando que Beth se pusiera de los nervios cada vez que tenía que retocarle el peinado o el maquillaje.

—Te lo advierto —dijo Beth amenazando mientras ponía la última horquilla en el recogido que le había hecho a Lyla—. Si no dejas de sudar como los cerdos y se te estropea el maquillaje de nuevo, no pienso arreglártelo.

Ambas empezaron a reír y eso sirvió de ayuda a Lyla para relajarse y aunque sabía que no tenía motivos para estar nerviosa, no podía evitarlo. Lyla permanecía con los ojos cerrados ya que Beth le había ordenado que así fuese.

Minutos después entraron en la habitación Kathe y Anne llevando en brazos a Esmeralda que no dejaba de llamar a su hermana. Lyla se giró para poder abrir los ojos sin verse en el espejo y cogió en brazos a la pequeña que sonrió inmediatamente y la abrazó con todas las fuerzas que una niña de apenas dos años pueda tener.

—¿Estoy guapa? —le preguntó Lyla a Esmeralda mientras la pequeña no

dejaba de tocarle los pendientes. Esta asintió con mucho entusiasmo y Lyla la dejó en el suelo cuando su madre cruzó el umbral.

—Madre mía... —Sophie no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas y se abanicó con las manos para evitar que se le corriera el maquillaje.

—¿Estoy mal? —dijo Lyla asustada mientras intentaba girarse para mirar en el espejo pero Sophie la detuvo.

—Estás preciosa.

Ambas se abrazaron y ningún presente en la habitación pudo evitar derramar alguna lágrima. Cuando por fin se habían tranquilizado y Beth había conseguido arreglarles el maquillaje a todas sin perder los nervios, Sophie abandonó la habitación con Esmeralda y dejó a las chicas que ayudasen a su hija a vestirse.

A falta de diez minutos para que empezase la ceremonia, los chicos se encontraban en la habitación de Byron e intentaban sin éxito atarle la corbata. Por suerte, Kathe se pasó un momento para desearle suerte a su primo y ayudó a todos a anudársela.

—Qué harías vosotros sin mujeres —dijo esta mientras salía por la puerta riendo.

Byron se miró al espejo por última vez y se frotó las manos con nerviosismo, Christian y Sayer lo miraron y empezaron a reír al verlo en esa situación.

—¿De qué os reís? ¡Cabrones! —Byron fulminó con la mirada a sus compañeros.

—Voy a preguntar cuanto falta para que bajemos —anunció Sayer y salió cerrando la puerta tras él.

—No me puedo creer que te vayas a casar —dijo Christian mientras miraba a su amigo, aquel que había estado a su lado en todo momento.

—Tú también vas a casarte dentro de cuatro meses —le contestó Byron confuso mientras se sentaba en la cama a esperar a que les avisaran.

—Pero tu... Tú has cambiado tanto desde que la conoces. Cuando te conocí, nunca pensé que este momento llegaría y que sería el padrino de tu boda —explicó Christian mientras se sentaba a su lado y le pasaba la mano por los hombros—. Para mí eres como un hermano y verte feliz es lo que había pedido siempre.

—Hay alguien que falta y que en estos momentos sabría que decir para

hacerme reír y olvidarme del nerviosismo —ambos suspiraron y alzaron la vista cuando Sayer entró de nuevo en la habitación.

—Están listos.

—Ha llegado la hora cariño —anunció Sophie entrando de nuevo en la habitación de Lyla.

—¿Estás lista? —Preguntó Beth y Lyla asintió convencida. No podía tener miedo a unirse en matrimonio al amor de su vida—. Date la vuelta.

Lyla obedeció y se quedó parada con la visión que le daba el espejo de ella misma; Beth la había maquillado de una forma muy suave ya que a Lyla no le gustaba ir demasiado maquillada, había rizado su pelo en gruesas ondas y había recogido una parte en la zona superior de su cabeza dejando que la otra cayese sobre los hombros. Lyla siguió observando su reflejo y se paró a contemplar su vestido con una gran sonrisa, era un vestido digno de una diseñadora famosa; la misma pedrería que había lucido en el vestido el día que Byron le pidió la mano, se situaba en el mismo lugar pero el resto caía de forma que quedaba ahuecado y creaba una gran cola.

Suspiró una última vez antes de abandonar su habitación y dirigirse hacia el jardín trasero del hotel donde habían decidido que celebrarían la ceremonia. El jardín había sido decorado con rosas azules de distintos tonos y los empleados habían puesto sillas delante de un gran arco hecho con flores para que los asistentes vieran la ceremonia lo más cerca posible.

Cuando abrieron las puertas que comunicaban el hotel con dicho jardín, Lyla no pudo evitar sonreír al ver a Byron plantado al lado del cura, esperándola. Sayer y Christian se encontraban detrás de él y sonreían orgullosos y emocionados. Lyla y las chicas empezaron a andar hacia el altar. El camino se le hizo eterno pero se sintió en paz cuando por fin se encontró frente a Byron y este le tomaba las manos.

Una vez todos estuvieron acomodados, el cura se aclaró la garganta y abrió su biblia. Byron y Lyla se soltaron las manos y entonces el cura empezó a recitar.

—¿Venís a contraer matrimonio sin que nadie os presione, libre y voluntariamente?

—Sí, venimos libremente —contestaron Lyla y Byron al unísono mientras se miraban fijamente.



—¿Estáis decididos a amaros y respetaros mutuamente, siguiendo el modo de vida propio del matrimonio, durante toda la vida?

—Sí, estamos decididos.

—¿Estáis dispuestos a recibir de Dios responsable y amorosamente los hijos, y a educarlos según la ley de Cristo y de su iglesia?

—Sí, estamos dispuestos.

—Así, pues, ya que queréis contraer matrimonio, unid vuestras manos, y manifestad vuestro consentimiento ante Dios y su Iglesia.

Lyla y Byron se tomaron las manos mientras se miraban a los ojos, ambos sonreían felices ya que ese momento estaba siendo el mejor de sus vidas.

—Yo, Byron Leclerck, te acepto a ti Lyla Hale, como mi esposa y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud, y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—Yo, Lyla Hale, te acepto a ti Byron Leclerck, como mi esposo y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud, y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—Que el Señor confirme este consentimiento que acaban de manifestar ante la Iglesia, y cumpla en ustedes su bendición. Lo que Dios acaba de unir que no lo separe el hombre.

—Amén —dijeron al unísono todos los asistentes, mientras observaban emocionados la escena.

—El Señor bendiga estos anillos que vais a entregaros el uno al otro en señal de amor y fidelidad.

—Amén.

—Recibe este anillo en señal de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo —dijo mientras le colocaba el anillo que Esmeralda había traído con la ayuda de Sophie a Lyla con manos temblorosas.

—Recibe este anillo en señal de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo —dijo Lyla mientras repetía la acción que Byron había hecho con ella.

—Bendice Señor, estas arras que Lyla y Byron se entregan y derrama sobre ellos la abundancia de tus bienes.

—Lyla, recibe también estas arras, son prenda del cuidado que tendré de que no falte lo necesario en nuestro hogar —dijo mientras dejaba caer sobre las manos de la chica las arras que Sayer les había tendido.

—Yo las recibo en señal del cuidado que tendré de que todo se aproveche en nuestro hogar.

—Puede besar a la novia.

Byron sonrió y estiró de la mano de Lyla para acercarla a él y besarla con mucho cariño. Los invitados aplaudieron emocionados y Lyla se dispuso a tirar el ramo. Las chicas corrieron emocionadas a unirse a las demás y el ramo cayó en manos de Beth.

—¡Pero si ella ni siquiera tiene pareja! —protestó Anne haciendo pucheros y todos empezaron a reír.

La fiesta que continuó después de la ceremonia pasó más rápido de lo que muchos hubieran deseado. Al acercarse las tres de la mañana, una limusina llegó al hotel para recoger a los novios y conducirlos al aeropuerto para empezar a disfrutar de su luna de miel.

Por fin Lyla era completamente feliz y mientras volaba hacia Santo Domingo, miraba al cielo y le sonreía sintiendo que su amigo había estado a su lado tanto en los buenos como en los malos momentos.

## CAPÍTULO 20: Nick.

**Nueve meses después.**

—Por lo que más quieras. ¡Corre!

Lyla se encontraba situada en el asiento de copiloto mientras Byron conducía a toda prisa por las calles de Madrid para llegar cuanto antes al hospital más cercano. La chica se había puesto de parto mientras celebraban su cumpleaños y la familia al completo se dirigía al hospital saltándose cualquier norma de seguridad ya que Lorenzo les iba escoltando.

Cuando por fin llegaron al hospital, Byron y Christian ayudaron a la chica a salir del coche y al ver que le fallaban las piernas pidieron una silla de ruedas para llevarla hasta el paritorio. Una enfermera trajo rápidamente una y Byron la empujó hasta llegar al punto de información donde tenían que dar todos sus datos.

—Su nombre por favor —dijo una enfermera que se encontraba detrás del mostrador, mascando chicle y sin ganas de trabajar.

—Lyla Hale —contestó Sophie mientras intentaba calmar a Esmeralda que se había puesto a llorar al escuchar a Lyla gritar.

—Muy bien señora, tendrán que esperar en el pasillo y ya les llamarán — anunció la mujer mientras se retiraba del ordenador y empezaba a limarse las uñas.

—¿Perdona?! —Lyla se levantó de la silla como pudo y se apoyó en el mostrador para intentar llegar con la mano a coger a la mujer—. Si no me ponen la epidural ahora mismo y sacan a mi hijo van a rodar cabezas.

La mujer miró asustada a Lyla que estaba completamente roja y gritaba cuando le venía una contracción demasiado fuerte para soportarla. Esta salió corriendo y poco después apareció con el médico que se llevaría a Lyla al paritorio para traer al mundo a su pequeño.

—Nunca enfades a una mujer embarazada —dijo Kathe mientras corría detrás de ellos para alcanzarlos.

Cuando llegaron a la sala donde debían esperar los que no entraban, el doctor preguntó quién quería estar presente y Lyla pidió que fuese su madre la que la acompañase ya que sabía que Byron estaba demasiado nervioso y no le haría bien a ninguno de los dos.

En ese mismo instante llegaron los padres de Nick con sus hermanas y pidieron poder esperar junto a ellos a que naciera el bebé.

—Esperemos juntos a que salgan —dijo Byron sonriente mientras entraban en la sala de espera y empezaba la cuenta atrás más larga de su vida.

Seis horas más tarde, la enfermera que había asistido a Lyla en el parto salió y buscó con la mirada a Byron entre los que estaban esperando en la sala. Una vez lo tuvo localizado se acercó a él y le sonrió con dulzura.

—¿Le gustaría conocer a su hijo?

Byron sintió que el corazón le daba un vuelco cuando escuchó esa sencilla pregunta, asintió y se levantó para seguir a la enferma hasta donde se encontraban Lyla y el pequeño. Cuando entró y los vio no pudo evitar echarse a llorar y abrazar a Lyla mientras sonreía sin parar.

—Gracias —le dijo mientras le besaba la frente a su esposa.

—¿Por qué? —preguntó esta confundida mientras le acariciaba la mejilla y le secaba las lágrimas.

—Por traer al mundo la cosa más bonita que he visto nunca.

Lyla sonrió y tiró de la camiseta de Byron para llegar a darle un dulce beso en los labios. Poco después entró de nuevo el doctor y anunció que mientras Lyla era trasladada a una habitación, ellos se llevarían al pequeño para lavarlo y que después lo llevarían a la habitación donde acomodaran a Lyla.

Una vez Lyla estuvo relajada en la cama y después de descansar un poco, entraron todos a felicitarla y a celebrar con regalos el nacimiento del pequeño. Los padres de Nick abrazaron con fuerza a Lyla y sonrieron melancólicos al pensar que podrían ser abuelos si su hijo siguiese junto a ellos.

—Y bueno, ¿cómo vais a llamarle? —preguntó Lorenzo mientras se asomaba a la cuna para ver al pequeño.

En ese momento Lyla y Byron se miraron y asintieron en el momento en que decidieron mentalmente que nombre iban a ponerle a su hijo. Lyla sonrió triste mientras miraba a todos y suspiró levemente antes de hablar.

—Vamos a llamarle Nick —dijo esta y entonces la madre del chico fallecido empezó a llorar sin poder evitarlo—. Él me enseñó que la vida no es fácil por

mucho que quieras creer que lo es. Me ayudó en cada obstáculo de mi vida y sigue haciéndolo aunque ya no esté a mi lado. Aún no puedo creer que después de tanto tiempo siga sintiéndolo tan cerca como cuando se fue y que lo eche tantísimo de menos. Él fue quien me hizo como soy; me hizo una chica valiente y fuerte. Nick me hizo creer que era capaz de hacer cualquier cosa por aquellos a los que más quiero, pero sobretodo me enseñó cómo ser feliz sin importar lo que los demás piensen de ti.

La habitación se llenó de personas llorando y recordando todos los momentos que habían pasado junto a Nick. Los padres de este abrazaron a Lyla y a Byron y les agradecieron tal homenaje hacia su hijo.

Cuando se hizo tarde, todos se fueron para dejar descansar a Lyla y al pequeño Nick que no tardaría mucho en salir de allí y conocer el mundo al que había sido traído con mucha ilusión.

## UN AÑO DESPUÉS.

El primer domingo de marzo amaneció alegre y soleado, Lyla se dirigía en coche junto con Nick hacia el cementerio para llevarle flores a su amigo y presentarle al pequeño.

Una vez allí, Lyla cogió a su pequeño en brazos y caminó con él y con las flores hasta llegar al lugar donde Nick había sido enterrado hacía casi nueve años. Se arrodilló frente a la tumba, dejó las flores y puso a su pequeño delante de esta.

—Aquí lo tienes —dijo Lyla con voz triste mientras miraba la fotografía de su amigo—. No he venido antes porque no sabía qué hacer o qué decir. Quiero que, estés donde estés, sepas que te seguimos echando de menos y que nunca te vamos a olvidar ya que tendremos a un granuja que nos lo recuerde. Decidí ponerle tu nombre a mi pequeño ya que pensé que sería algo que te hubiese hecho mucha ilusión si hubieses estado con nosotros para verlo crecer. Crece demasiado rápido —rió Lyla mientras acariciaba el pelo de su hijo y le besaba la frente con suavidad—. ¡No sabes cuánto me recuerda a ti! Es igual de atrevido que tú aunque a veces también es muy tímido. No parece hijo de su padre, para nada. Quiero que sepas que cuando te fuiste dejaste un gran vacío en mi corazón; tú fuiste quien me dio a conocerme a mí misma haciéndome ver que podía conseguir todo lo que me propusiera y me

dejaste sin acabar de enseñarme. Ahora he aprendido por mí misma y espero no haberte defraudado. También quiero que tengas claro que mi hijo siempre sabrá de ti y de donde viene su nombre. Sabrá todo lo que luchaste por sacar adelante a tu familia y lo buena persona que eras. Solo me queda decirte que te queremos.

Lyla abandonó el cementerio junto con su pequeño y poco después condujo de vuelta a casa para reunirse con su familia en un día tan especial como lo era el primer cumpleaños de su hijo. Mientras comían observaba uno a uno a sus acompañantes y sonreía para sí misma pensando que tenía mucha suerte de tenerlos cerca. Echaba en falta tener a Marcus a su lado, hubiera deseado que siempre hubiese estado ahí para ella.

No podía dejar de pensar en todo lo que le había sucedido durante los años de adolescencia y le vino a la cabeza la frase que leyó en la libreta de Nick la cual nunca había mencionado, escrita a mano por él, el día en que evitó su pelea con Byron; *El amor puede con todo, aunque el todo sea imposible.*

~FIN.

# Índice.

PRÓLOGO: Miedo a la soledad.1.

CAPÍTULO 1: ¿Arrepentimiento?3.

CAPÍTULO 2: Precaución.9.

CAPÍTULO 3: El reloj no se detiene.14.

CAPÍTULO 4: Recuerda.18.

CAPÍTULO 5: En marcha.23.

CAPÍTULO 6: Lucha por lo que amas.28.

CAPÍTULO 7: Cada vez más lejos.32.

CAPÍTULO 8: Es inútil.36.

CAPÍTULO 9: Con el paso de los días.40.

CAPÍTULO 10: Será mejor que no vuelvas.44.

CAPÍTULO 11: Lo superaré.48.

CAPÍTULO 12: Que empiece el juego.52.

CAPÍTULO 13: Mueren justos por pecadores.56.

CAPÍTULO 14: La encontraremos.60.

CAPÍTULO 15: Nadie volverá a hacerte daño.64.

CAPÍTULO 16: Al fin en casa.68.

CAPÍTULO 17: La vida no volverá a ser fácil.72.

CAPÍTULO 18: Para toda la vida.77.

CAPÍTULO 19: Sí, quiero.81.

CAPÍTULO 20: Nick.86.



## **Agradecimientos.**

En primer lugar quiero darle las gracias a mi familia por apoyarme des del primer momento a que siguiera escribiendo y a que siguiera luchando por mi sueño. En especial se lo quiero agradecer a mi abuela por darme todo su cariño y amor incondicional.

También quiero darle las gracias a todos aquellos que han contribuido a que mi sueño se cumpla día a día, ya sea comprando el libro o ayudándome con la promoción.

Soy consciente de que no estaríais leyendo esto si todo el mundo que ha estado siempre a mi lado no me hubiese empujado a creer en mi misma y a luchar por aquello que quiero.

Gracias de corazón a todas las personas que están a mi lado durante este largo y difícil camino.

## Obras relacionadas.

